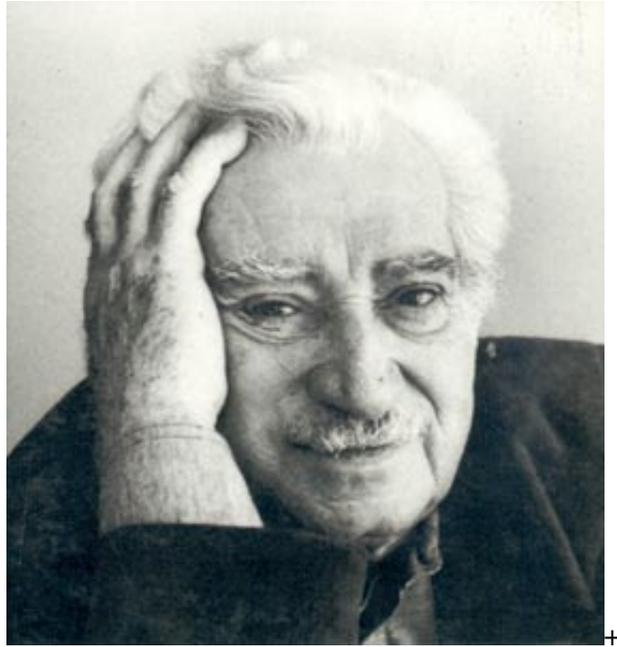


JORGE AMADO

Cacao



Plantación Fraternidad.....	2
Infancia.....	4
Viaje.....	6
Alquilado.....	7
Segunda clase.....	9
Héroe de emboscadas y bandolerismo.....	13
Pirangi.....	15
Jaca.....	17
El rey del cacao y de la familia.....	20
La poetisa.....	24
Acarajé.....	27
Derecho penal.....	30
Conciencia de clase.....	32
Pasquinada.....	33
Correspondencia.....	33
Huelga.....	35
La crisis.....	36
Amor.....	37

Para María Nícia de Mendonça, María Teresa Monteiro, Alves Ribeiro, Da Costa Andrade, João Cordeiro y Raúl Bopp

NOTA:

Traté de contar en este libro, con un mínimo de literatura y un máximo de honestidad, la vida de los trabajadores de las plantaciones de cacao del sur de Bahía. ¿Será una novela proletaria?

J.A. Río, 1933

Plantación Fraternidad

Las nubes cubrieron el cielo hasta que empezó a caer una fuerte lluvia. Ni un pedacito de azul. El viento sacudía los árboles y los hombres semidesnudos temblaban. Gotas de agua caían de las hojas y se deslizaban por los hombros. Sólo los burros parecían insensibles a la lluvia. Masticaban el pasto que crecía frente al almacén. A pesar del temporal los hombres continuaban el trabajo. Colodino preguntó:

—¿Cuántas arrobas bajaste?

—Veinte mil.

Antonio Barriguinha, el tropero, agarró el último saco:

Este año el *hombre* levanta ochenta mil...

—¡Cacao del diablo!

—Plata a carradas.

Desataron a los burros y Barriguinha los picaneó:

—Arre, tropa de porquería...

Los animales se echaron a andar de mala gana. Antonio Barriguinha los chicoteaba:

—Burro miserable... negro, diablo, vamos...

Al frente, Mineira, la madrina de la tropa, resonaba cascabeles. La lluvia caía en un tremendo aguacero. La casa del coronel tenía las ventanas cerradas. Honorio, que venía de los sembrados, bromeó con Barriguinha:

—¡Eh! ¡Mujer de tropero!

—¿Cómo estás, hembra de podador?

—¿Y tu madre?

—La tuya ya está medio impotente...

La tropa cargada de sacos de cacao desaparecía en un recodo del camino. Atrás, Antonio Barriguinha, fuerte y alto, amulatado, castigaba a los burros con el largo chicote.

Honorio subió la ladera y saludó a Colodino:

—Buen día.

—Día asqueroso. Esta lluvia no para más.

Y de repente, cambiando de tema:

—Ya bajamos veinte mil arrobas, Honorio.

—Entonces Mané Frajelo está contento.

—Está...

Honorio se sentó en la piedra junto a Colodino, de espaldas al almacén que conservaba las puertas cerradas. Enfrente, rodeada por un jardín adornado con jazmineros y rosas, la casa grande de la plantación, de ventanas azules y balcón verde. Arriba una tabla de pintor barato:

PLANTACIÓN FRATERNIDAD

del Coronel Manuel Misael de Sonsa Teles

Honorio se rió con una risa tonta y sus dientes blancos, magníficos, contrastaban con el rostro negro y los labios gruesos:

—Mané Frajelo.

—Mané Miserable Roba Todo.

Honorio escupió:

—Mierda Revuelta Sin Condimento.

Se quedaron mirando. Qué grande era la casa del coronel... Y vivía tan poca gente ahí. El coronel, su mujer, la hija y el hijo, estudiante, que en las vacaciones aparecía, elegante, estúpido, tratando a los trabajadores como a esclavos. Y miraron hacia sus casas, las casas donde dormían. Se extendían a lo largo del camino. Unas veinte casas de barro, cubiertas de paja, encharcadas de lluvia.

—Qué diferencia...

—Dios da la suerte.

—¿Cuál Dios?... Dios también es para los ricos...

—Me gustaría ver a Mané Frajelo durmiendo acá.

—Sería divertido.

Colodino prendió un cigarrillo. Honorio agarró la hoz de podar las plantas de cacao y dijo:

—Los sembrados de allá atrás del río están así de cacao. Un cosechón.

—Este año el hombre levanta unas ochenta mil.

Nosotros ganábamos tres mil quinientos por día y parecíamos satisfechos. Reíamos y bromeábamos. Sin embargo, ninguno conseguía ahorrar ni siquiera un centavo. La despensa se llevaba todo el saldo. La mayoría de los trabajadores le debía al coronel y estaba atado a la plantación. También, ¿quién entendía las cuentas de João Vermelho, el encargado de la despensa? Éramos todos analfabetos. Debíamos...

Honorio debía más de novecientos mil reis y ahora ni podía tratarse. Un paludismo crónico casi le impedía caminar. Pero igual salía a las seis de la mañana para podar en los sembrados, después de comer un plato de porotos con carne seca. Era un tipo raro aquel Honorio. Negro, fuerte, alto, peleador, estaba en la plantación hacía como diez años. Un buen compañero, capaz de sacrificarse por los otros. A pesar de su gran deuda, el coronel lo conservaba.

Decían que había matado a algunos por orden de Mané Frajelo. No sé si era verdad. Sé que Honorio era el mejor camarada del mundo. Tomaba *cachaba* por el cuello de la botella y nunca lo vieron borracho. Mané Frajelo lo respetaba.

Mané Frajelo era un sobrenombre que le habían puesto en la ciudad. Le quedó. Un flagelo de verdad era aquel hombre gordo, de setenta años, que hablaba con una voz arrastrada y vestía miserablemente. Manuel Misael de Sousa Teles era su nombre auténtico. Tenía más de ochenta mil contos y sus plantaciones se extendían por todo el municipio de Ilhéus. Nosotros hacíamos cálculos a la noche. João Grilo, flaco como una espina, mulato chistoso que contaba historias, se hacía el matemático. Sentado en las tablas que le servían de cama, mientras Colodino tocaba la guitarra, hacía los cálculos:

—Ochenta mil arrobas a doce con cincuenta, son...

—...Mil contos.

—Es lo que Mierda Revuelta Sin Condimento tiene de ganancia sólo con el cacao.

Abríamos los ojos asombrados. Mil contos... Y nos pagaba tres mil quinientos por día.

Infancia

Apenas me acuerdo de mi padre. Éramos muy chicos yo y mi hermana, ella tres y yo cinco años cuando murió. Sólo me acuerdo de que mi mamá lloraba, los pelos caídos sobre la cara pálida y que mi tío, vestido de negro, abrazaba a la gente con una hipócrita expresión de tristeza. Llovía mucho. Y los hombres que llevaban el cajón caminaban apurados, sin prestar atención al llanto de mamá, que no quería dejarlos que se llevaran a su marido.

Cuando papá venía de la fábrica me hacía sentar sobre sus rodillas y me enseñaba el abecedario con hermosa voz. Era delicado y, según decían, incapaz de matar una mosca. Jugaba con mamá como si todavía fueran novios. Mamá, muy alta, y muy pálida, de manos muy finas y muy largas, tenía una belleza singular, casi de personaje de novela. Nerviosa, a veces lloraba sin motivo. Entonces papá la tomaba entre sus brazos fuertes y le cantaba trozos musicales que la hacían sonreír. Nunca nos retaban.

Después que él murió, mamá se pasó un año medio enloquecida, echada en un rincón, sin fijarse en los hijos, sin preocuparse por su ropa, fumando y llorando. A veces tenía terribles ataques. Y llenaba de dolorosos gritos las noches calmosas de mi Sergipe.

Cuando pasó ese año, mamá volvió a su estado normal y quiso arreglar los negocios de papá; entonces el tío demostró con enorme papelerío que la fábrica era suya, porque papá —lo decía con la cara enrojecida y las manos en alto, con ampuloso gesto de escándalo—papá, medio loco y medio artista, sólo había dejado deudas que el tío habría de pagar para no deshonorar el nombre familiar.

Mamá, la pobre, se calló y nos apretó con sus brazos, porque nosotros temblábamos cuando el tío aparecía con su cara colorada, su barriga bien alimentada, su ropa de brin y aquellos ojos chiquitos y perversos.

Vivía pasándose las manos por la barriga. El tío... Diez años mayor que papá, temprano se había ido a Río de Janeiro, donde estuvo mucho tiempo sin dar noticias y sin que se supiese qué hacía. Cuando los negocios de papá andaban viento en popa, escribió quejándose de la vida y diciendo que quería volver. Y vino enseguida de la carta. Papá le dio participación en la fábrica.

Vino con su esposa, la tía Santa, santa de verdad, pobre mártir de aquel hombre estúpido.

Papá vivía para nosotros y para su viejo piano. En la fábrica conversaba con los obreros, escuchaba sus quejas y las solucionaba, si era posible. Vivían en buena armonía él y los obreros, y la fábrica marchaba relativamente bien. Nunca fuimos muy ricos, porque papá era poco hábil en los negocios y dejaba escapar las mejores oportunidades. Se había educado en Europa y tenía costumbres bohemias. Había escudriñado parte del mundo y amaba los objetos antiguos y artísticos, las cosas frágiles y las personas débiles, todo lo que daba idea de convalecencia o de fin próximo. De ahí, tal vez, su pasión por mamá. Con su delgadez pálida de enferma, ella parecía una eterna convaleciente. Papá besaba sus manos firmes, suave, levemente, como con miedo de que aquellas manos se rompieran. Y se quedaban horas perdidas en largos silencios de enamorados que se entienden y se bastan. No recuerdo haberlos oído elaborar proyectos.

Nosotros, yo y mi hermana, éramos como muñecos para papá y mamá.

Cuando llegó el tío cambió todo. No había estado en Europa y se parecía mucho a la abuela, que había hecho de los dieciocho años de vida en común con el abuelo, una de esas tantas tragedias anónimas y horribles que nacen del casamiento de la estupidez con la sensibilidad. Le pegaba a los hijos de los obreros, lo que no era raro, ya que, como se murmuraba en la ciudad, golpeaba a su misma esposa.

¡Pobre tía Santa! Tan buena, amaba tanto a los niños y rezaba tanto que tenía callos en los dedos causados por las cuentas del rosario. Murió y su enfermedad fue el marido. El tío se había ido a vivir públicamente con una obrera. Santa no resistió el disgusto y murió con el rosario entre las manos, pidiéndole a papá que no abandonase al desgraciado.

La fábrica prosperó mucho. Yo nunca comprendí por qué el salario de los obreros disminuyó. Papá, débil por naturaleza, no tenía coraje para apartar al tío de la fábrica y un día, cuando tocaba al piano uno de sus trozos predilectos, tuvo un síncope y murió.

La ciudad subía por las laderas y terminaba en lo alto, junto al inmenso convento. Mirando desde arriba, se veía la fábrica al pie del monte por el cual la ciudad se enroscaba como una cobra de cabeza única e innumerables cuerpos. Tal vez no fuera hermosa la vieja San Cristóbal, ex capital de la provincia, pero era pintoresca, con sus casas coloniales y su silencio de fin del mundo. Las iglesias y los conventos ahogaban la alegría de las quinientas obreras que hilaban en la fábrica textil. Pienso que papá había

montado la fábrica en San Cristóbal debido a la decadencia de la ciudad, a su paz y a su sosiego, triste ciudad estancada que debía apasionar a sus ojos y a su espíritu cansado de paisajes y de aventuras.

Nosotros vivíamos entonces en un enorme y secular edificio, ex residencia particular de los gobernadores, con una pesadísima puerta de entrada, ventanas irregulares, todo pintado de colorado, y grandes habitaciones en las que Elsa y yo nos perdíamos durante el día jugando a las escondidas. De noche, ningún juego nos hacía entrar en ellas, porque temíamos a las almas errantes del otro mundo, almas en pena que soplaban y arrastraban cadenas, según la fidedigna versión de Virgulina, negra centenaria que había criado a mamá y entonces nos criaba a nosotros.

Al lado de nuestra casa estaba el ex palacio de gobierno, a punto de caerse, transformado en cuartel donde vivían algunos soldados sucios y perezosos. Enfrente estaba el asilo: seis monjas y ochenta niñas hijas de obreras y de padres desconocidos. Esas niñas no salían. Algunas, al crecer, volvían a la fábrica donde habían nacido, y de donde mandarían al orfanato nuevas niñas sin apellido. Otras, las más blancas, iban a ser monjas y se perderían por el país. Más adelante, el convento de San Francisco, tan grande, tan silencioso, que nunca pude mirar sin cierto recelo. Residían allí cuatro frailes, pero esos cuatro frailes dominaban la ciudad. Decían sermones en los que fantaseaban sobre los colores más negros del infierno. Y esas cosas dichas en aquella lengua medio alemana, medio brasileña, parecían más horribles. Nosotros, los chicos, le teníamos miedo al infierno y mucho más todavía a los frailes.

Sinval, mi futuro compañero de correrías, me contaba que obligaban a los obreros a trabajar gratuitamente en la remodelación de la catedral (donde había un gigantesco San Cristóbal, recostado en un cocotero, cargando un minúsculo Niño Jesús, todo bordado en oro) y los que se negaban eran denunciados a mi tío, invitado frecuente a la mesa de los padres, quien los despedía.

Las casas, todas antiguas y de ladrillos, se extendían por la plaza del convento y se equilibraban por las laderas.

A la noche sacaban las sillas a la vereda y las viejas contaban graciosas historias del tiempo de mis abuelos. Los chicos correteaban alrededor de la cruz ennegrecida por los años.

Las escasas muchachas ricas se iban al colegio de las monjas de Aracaju y cuando volvían profesoras, siempre tenían un novio bachiller, mucha malicia y, al decir de papá, asesinaban la música moderna en el piano.

Por las laderas y por la plaza estaba la gente fina, la *élite*, la aristocracia. Abajo quedaba la fábrica, el barrio obrero, la plebe. La fábrica era un galpón blanco lleno de ruidos y de vida. Setecientos obreros, de los cuales más de quinientos eran mujeres. Los hombres emigraban, diciendo que "trabajar en tejidos era cosa de mujer". Los más débiles se quedaban y se casaban y tenían legiones de hijas, que ocupaban el lugar de las abuelas y las madres cuando éstas ya no podían trabajar.

El nacimiento de una hija se recibía con alegría. Eran dos manos más para el trabajo. Un hijo, en cambio, era un desastre. El hijo comía, crecía y se marchaba a los cafetales de San Pablo o a las plantaciones de cacao de Ilhéus, con incomprensible ingratitud. Saliendo de la fábrica, se cruzaba un tablón sobre un arroyo y se llegaba a la villa *Culo con nalga*, donde vivían casi todos los obreros. Un gran rectángulo en el cual los fondos de las casas se tocaban. Por eso le habían puesto tan pintoresco nombre. En medio del barrio se hacían notar la sala de primeros auxilios y el consultorio dental. El dentista venía de Aracaju dos veces por semana. Sinval decía:

—Un obrero sólo puede tener dolor de dientes los miércoles y viernes.

El enfermero residía en San Cristóbal, pero como era puntero electoral de mi tío, perdía mucho tiempo en eso.

En la villa *Culo con nalga*, la plebe se divertía por las noches, cuando las guitarras cantaban *cocos* y la botella de vino pasaba de mano en mano. Los obreros entonces, leían las cartas de los parientes que estaban en Ilhéus y hacían proyectos de una emigración colectiva.

El cacao ejercía sobre ellos una fascinación enfermiza. Cada tanto, los frailes bajaban y tratando de no acercarse a los chiquillos piojosos, sonreían a los obreros y les hablaban de un "arreglito en la iglesia o en el convento"...

Cuando murió papá y el tío declaró nuestra pobreza, nos fuimos a vivir a una casita al pie de una ladera. Entonces estuve mucho más cerca del proletariado de *Culo con nalga* que de la aristocracia de la decadente San Cristóbal.

Me acostumbré a jugar al fútbol con los hijos de los obreros. La pelota, pobre pelota rudimentaria, se hacía con una vejiga de buey llena de aire. Me hice compinche de Sinval, hijo único de una obrera, cuyo marido había muerto en San Pablo, metido en unos líos policiales, no sé bien por qué. Sé que los obreros hablaban de él como de un mártir. Y Sinval criticaba a los patrones con todas sus fuerzas. Flaco, los huesos sobresalientes, tenía una voz firme y una mirada agresiva. Capitaneaba a los chicos en los robos de *mangas* y *cajús* en las quintas vecinas. Y cada vez que pasaba mi tío, escupía de costado. Decía que apenas cumpliera dieciséis años se iría para San Pablo a luchar como su padre. Fue mucho después que yo comprendí qué significaba todo eso.

Yo y Elsa íbamos a la escuela. Mamá tejía y sus padres la ayudaban a mantenernos. A los quince años fui a trabajar a la fábrica. Entonces yo era un muchacho fuerte y robusto. El chico anémico que fui se había transformado en un adolescente de músculos duros entrenados en peleas con muchachos bravos.

Representaba más edad de la que tenía. Había vivido siempre entre los mozos pobres de la ciudad, pobre yo tanto como ellos. Entonces iba a ser totalmente igual, obrero de la fábrica. Sinval ya no me diría con una sonrisa sobradora:

—Niño bien...

Aguanté cinco años en la fábrica la brutalidad de mi tío. A los diecisiete, Sinval había vendido sus pertenencias, ropas y objetos, y se había ido a las fábricas o las plantaciones de San Pablo. La primera y última noticia que tuvimos fue dos años después. Estaba metido en una huelga y esperaba que lo detuviesen en cualquier momento. Después ni una carta, ni una nota, nada. Los obreros afirmaban:

—Siguió el destino del padre —y cerraban los puños rabiosos. Pero la fábrica pitaba y ellos se doblaban, flacos y silenciosos.

Entonces yo tenía las manos callosas y los hombros anchos. Me había olvidado mucho de lo aprendido en la escuela, pero en compensación, sentía cierto orgullo de mi condición de obrero. No hubiera cambiado mi trabajo de tejedor por el lugar del patrón. Mi tío, el dueño, estaba bastante más viejo, más colorado y más rico. La barriga era la indicadora de su prosperidad. A medida que el tío enriquecía, se le agrandaba. Y estaba enorme, indecente, monstruosa. Pocas fortunas en Sergipe igualaban la suya por ese tiempo. Sólo hacía donaciones al convento (donde engullía comidas) y al asilo. A éste le daba donaciones y huérfanas. No se podía contar con los dedos, ni sumando los de los pies, la cantidad de obreras seducidas por mi tío.

Una pasión tuve a los catorce años, por una puta gastada y sifilítica, con la que inicié mi vida sexual. Un amor, a los dieciocho, platónico, por una rubiecita del asilo que se hizo monja; finalmente, tuve la idea de juntarme con Margarita, obrera como yo. Lo que dio mal resultado. También mi tío había puesto los ojos en ella, que tenía unos pechos altos y blancos y un rostro de criatura traviesa. Margarita me contó un día que el patrón la toqueteaba. Y se reía, cínica. Creo que fue esa risa la que me llevó a enfrentarme con mi tío. Le rompí su cara hipócrita. Me despidió.

A mi madre y a Elsa, San Pablo les parecía el fin del mundo. Por nada me dejarían ir allá. Empecé a hablar de Ilhéus, tierra del cacao y de la plata, a donde iban cantidades de emigrantes. Y como Ilhéus quedaba a sólo dos días de Aracaju, en barco, aceptaron que me largase una mañana maravillosa de luz, en la tercera clase del *Murtinho*, rumbo a la tierra del cacao, Eldorado del que los obreros hablaban como de la tierra del Canaán.

Mamá lloraba, Elsa lloraba, cuando me abrazaron la tarde en que salí para Aracaju para tomar el barco. Yo miré la vieja ciudad de San Cristóbal con el corazón lleno de nostalgia. Tenía la certeza de que no volvería nunca más.

Los hijos de los obreros jugaban al fútbol con una vejiga de buey llena de aire.

Viaje

Los pasajeros de primera aseguraban que el *Murtinho* desacreditaba a cualquier compañía de navegación. Decían que la primera clase era miserable. Calculen cómo sería la tercera.

Sin embargo, el diario oficial de Aracaju lo anunciaba así:

ES ESPERADO
EL VELOZ Y LUJOSO PAQUEBOTE

Alquilado

Bajé en Ilhéus con dieciséis mil cuatrocientos, un atado de ropa y una gran esperanza, no sé de qué.

Un changador me informó que pensión para los que buscan trabajo sólo había en la Isla de las Cobras, un conglomerado de callejuelas escondido al fondo de la pequeña y dinámica ciudad. Y hasta me recomendó la casa de doña Coleta, donde preparaban un *sarapatel* succulento. De verdad era succulento. Pero con la cama, me costaba un pago diario de dos mil reis. Pasé quince días en la pensión de doña Coleta. Ya debía catorce mil reis, cuando ella me hizo ver que había sido muy benevolente conmigo y lo menos que yo debía hacer era dejar la pieza y la olla a otro huésped que pudiese pagar. Ella era pobre y no podía...

Agarre mi ropa y me fui. Ese año el cacao estaba en baja y no era fácil encontrar trabajo. Golpeé varias puertas sin resultado.

—No hay trabajo.

La respuesta zumbaba en mis oídos. El día que me fui de la pensión de doña Coleta anduve buscando trabajo. Los coroneles se negaban. No había comenzado la zafra y sobraban brazos. Me miraban como si fuese un enemigo que les iba a robar.

Me quedé parado en el puerto. Un barco se marchaba a la capital. El reloj de una casa comercial dio las cuatro. A pesar de todo yo no sentía hambre. Sentía odio. Anduve vagando el resto de la tarde. Los hombres volvían a sus casas cargados de paquetes. Entonces empecé a sentir hambre. Como si un montón de ratones me royera el estómago. Una cosa rara que me daba ganas de llorar y de robar.

La noche cubría la ciudad. Sólo alumbraba el pestañeo de las lámparas eléctricas. Me detuve en una panadería. Muchachos y empleados entraban y salían con paquetes de pan y de bizcochos. Yo entré también. Y me quedé mirando la inmensa parva de pan que subía por la pared hasta tocar la imagen de San José, patrono de la *Panadería X del Problema*. Pensé en Jesús multiplicando los panes. Pero en seguida dejé de ver a Jesús. Veía el hambre. El hambre con la cabellera de Jesús y sus ojos suaves. El hambre multiplicaba los panes, llenaba la panadería entera dejando apenas un rincón para el empleado. Después de multiplicar, dividía. El hambre tenía ahora un manto de juez y la misma expresión tierna de Jesús. Y le daba todos los panes a los ricos que entraban en procesión con billetes de cien mil reis en los dedos con anillos y le sacaban su lengua a los pobres que en la puerta extendían los brazos escuálidos. Pero los pobres invadían a *X del Problema*, derribaban la imagen del hambre y se llevaban los panes. Fui entrando con ellos. El empleado me detuvo:

—¿Qué quiere?

Me pasé la mano por la frente. El sudor corría. En el estómago, los ratones roían, roían... Miré y vi que los panes y San José seguían estando en el fondo de la panadería. Murmuré al empleado que se disponía a llamar a un vigilante:

—Discúlpeme. No quiero nada, nada.

Los criados entraban con dinero y salían con pan.

Ciudad chica, recorrí todas sus calles. Acostumbrado, es un decir, al hambre. Miraba con aire de espanto a las pocas personas que todavía deambulaban por la ciudad. A veces, ellas también me miraban. Yo sonreía confundido, casi avergonzado de tener hambre.

Debía ser medianoche cuando empecé a conversar con un policía enfrente de la Intendencia. Parecía hacerle el amor al jardín y me ofreció un cigarrillo. No sé qué me pasó, sé que le conté toda mi historia. Y fumaba voluptuosamente aquel cigarrillo, mi primer alimento del día. El policía me llevó a la panadería donde me dieron un pan de quinientos reis. Comí cortándolo en pequeños pedazos. Después di las gracias:

—Gracias, hermano, gracias, viejo.

—No hay de qué. Mire, yo pasé muchas hambrunas. Y es feo el primer día. Después uno se acostumbra... ¿Con qué no se acostumbra uno? Lo peor (el policía miraba las estrellas con un aire extraño)

es cuando hay hijos. Usted es soltero, ¿no? Lo que es yo, así como me ve, con ciento veinte mil reis de sueldo, tengo mujer y seis hijos. Seis. Y abría los dedos, extrañado, el rostro contraído. Tenía odio no sé de quién. Fuimos andando lentamente y él continuó:

—Seis. El más chico no tiene un año. Y mi mujer ya está con la barriga afuera.

Se llevaba las manos huesudas adelante, dando una perfecta idea de cómo estaba la mujer. Ahora hablaba rabioso y escupía:

—Una mierda, una porquería esta vida. A veces, ellos, los ricos, me dicen: ¿Por qué tantos hijos, Roberto? Por qué... ¿Qué va a hacer uno sino hijos? Uno no va al cine, no va a diversión ninguna... Señalaba el morro de la Conquista:

—Vivo allá arriba, compañero. Hay poca comida y muchas bocas. Pero un día de hambruna siempre encontrará algo para comer. Llegamos al puerto. Un edificio enorme dormía, pesado en la noche. Roberto explicó:

—Un edificio del coronel Manuel Misael de Sousa Teles. Ricacho de aquí. Abajo tiene un banco de él también. Escupió:

—Un idiota. No goza de la vida. La alegría de ese miserable es hacer mal a la gente. La madre murió pidiendo limosna y el hermano vive allí, lleno de heridas, vestido que no parece gente. Miserable así nunca vi otro. Tiene dos amantes.

—¿Es joven?

—No. Un viejo de setenta años... Ya debe ser impotente...

—¿Y para qué quiere amantes?

—Chuparlas, a lo mejor.

Escupió de nuevo. Estábamos en el puente. Grandes canoas inmóviles sobre el agua. La luna en el cielo. Roberto se recostó.

—Lo que es yo, aquí como me ve, no fui policía toda mi vida. Tuve plata. Tenía una tienda y lo perdí todo; nunca serví para ladrón. Pasé hambre, hoy gano ciento veinte mil reis. Pero estoy contento, ¿sabe? Es preferible ser pobre a ser rico y vivir como ese miserable. ¿Para qué sirven ellos? Sólo saben robar... Y rezan. Rezan, créamelos. Quieren el cielo. A lo mejor se compran, un lugar allá. Hoy en día todo se vende. Vea, yo estoy orgulloso de ser policía. Estoy orgulloso. Un día, un día...

Yo pensaba en aquella esperanza de cada obrero, esperanza que era un poco mía.

—Ese día no va a tardar... Roberto señaló el edificio del coronel:

—Viviré ahí.

Al mediodía yo todavía andaba al azar por las calles. Andaba sin pensar, medio hambriento. Posiblemente terminaría entrando en uno de aquellos almacenes a robar algo para comer. Entonces me encontré de nuevo con Roberto.

—Vamos a comer, compañero.

Fuimos a una fonda cercana al puerto, en el fondo unos quince hombres almorzaban. Roberto pidió dos *feijoadas*. Saludó a los hombres que comían. Uno, negro y desnudo de la cintura para arriba, se vino a sentar con nosotros. Llegó la *feijoada*. Roberto hizo las presentaciones:

—El 98.

—Un sergipano que busca trabajo.

El 98 me miró sonriente.

—El trabajo anda mal ahora. A no ser que usted quiera agarrar algo duro.

—¿Adonde?

—En el campo. Agarrar la azada.

—La agarro. Ya busqué trabajo hasta en las plantaciones...

—El coronel Misael a lo mejor lo toma. ¿Ya fue?

—No.

—Vamos después de comer.

—Gracias, 98.

Después del almuerzo, fuimos al banco de Mané Frajelo. Me miró de arriba abajo:

—¿Cuántos años?

—Veinte.

—¿De qué provincia?

—Sergipe.

—¿Ya trabajó en el campo?

—Sí —mentí.

—Está bien, puede ir para allá. ¿Tiene para el pasaje?

—No, señor.

—Entonces consígalo. Yo no le doy. Tome el tren para Pirangi. Allá puede preguntarle a cualquiera dónde queda mi plantación. Preséntese a mi encargado. Él le dará trabajo. Y trate de no robarme.

Cómo se parecía a mi tío el coronel.

El 98 se dirigió a mí:

—Ya está alquilado al coronel.

Me extrañó la palabra:

—Se alquilan máquinas, animales, todo, pero la gente no se alquila.

—En las tierras del sur, la gente también se alquila.

La palabra me humillaba. Alquilado... Yo estaba reducido a mucho menos que un hombre...

Ellos me consiguieron la plata para el pasaje. Esa noche dormí en la casilla de Roberto, en lo alto de la Conquista. Al otro día a la mañana me embarqué en la segunda clase del ferrocarril Ilhéus-Conquista, rumbo a los campos de Pirangi, el más nuevo y el mayor distrito de la zona del cacao. Pensé en Sinval. Qué diría si supiera que el "niño bien" iba a trabajar con la azada.

Segunda clase

Llovía. La clase era una miseria. Ni nos podíamos sentar. El agua caía del techo y los bancos de madera chorreaban. En un rincón, un viejo tenía el paraguas abierto y leía un diario. Cada tanto escupía hacia los costados, haciendo un extraño ruido con la lengua. La clase estaba llena. Quedaba un solo espacio entre el viejo y una muchacha pintarrajeada. Coloqué mi atado de ropa en el suelo y me senté. El viejo me miró de reojo y escupió con el ruido de siempre. La puta sonrió e hizo un gesto para decir que el viejo era loco. Estábamos silenciosos como si nos hubieran castigado. Desde la primera clase venía un rumor de voces y de risas. Un vendedor de revistas atravesó corriendo hacia la primera clase. Le pisó un pie al viejo que largó una serie de palabrotas que hicieron sonreír a la puta. La máquina pitó y empezó a andar despacio. En la primera clase había llantos y despedidas. Desde las ventanas pañuelos que decían adiós y desde la estación pañuelos que respondían...

—Buen viaje. Que regresen pronto...

En nuestra clase casi nadie se movió. Parecía que ninguno tenía familia. Solamente yo me despedí de Roberto y del 98 y la puta sacudió la mano dirigiendo un saludo a todas las personas de la estación: ricos y pobres, coroneles y changadores. Y sonreía siempre.

La ciudad comenzó a desaparecer. Ya se conversaba en la clase.

Comentaban un crimen ocurrido en Itabuna hacía poco tiempo. A mi lado, el viejo dobló el diario y habló:

—El hombre está ahí, está condenado.

—¿Qué hombre?

—¿Usted no sabe? —y me miró asombrado—. Si hasta los diarios hablan.

—Yo soy nuevo aquí.

Me encaró con desconfianza:

—¿Está penado?

—Más o menos. Vine de Sergipe a buscar trabajo.

—¿Es sergipano? —la puta me dirigió la palabra—. Yo soy de Maroin.

—Yo soy de San Cristóbal.

El viejo miraba a la mujer con sus ojitos malvados. Y continuó:

—El asesino será condenado.

—¡Ah!, sí, el crimen. Cuénteme.

La puta admiraba el paisaje con un codo hundido en mi hombro.

El viejo relataba entre escupitajos que ensuciaban todavía más la clase. Los otros pasajeros oían.

—Un crimen horrible. El asesino tiene más de setenta años. Yo lo conocía mucho. Trabajamos juntos en la plantación del doctor João Silva, allá en los Macacos. Era un hombre cruel el doctor João Silva. Mandaba matar por cualquier cosa. Miguel fue su hombre de confianza.

—Mató a muchos, entonces —quien interrumpía era un sujeto petiso, de cabeza cuadrada.

—No sé, cearense. Miguel era un hombre religioso. Cada domingo andaba seis leguas para ir a misa en Itabuna. A mí nunca me gustaron los hombres que andan metidos con las sotanas de los curas. —Eso es cosa de mujer —volvió a hablar el cearense. El viejo lo miró desconfiado: —No sé, cearense.

—¿Qué tiene que yo sea cearense? Los cearenses son buenas personas.

—Ya sé. Pero usted me está embrollando a cada rato. Ya no sé más por dónde iba. La puta interrumpió: —Deje que el viejo cuente... El viejo escupió y continuó:

—Bueno, entonces Miguel estaba en la plantación del coronel Chico Arruda, cerquita de Itabuna. Tenía una hija, ¡un pedazo de hembra! ¡Cada pierna!...

—¡Qué cosa! ¿A usted todavía le gusta? —y la mujer se apretaba contra mi hombro.

—¿Quiere probar?

—No, viejo, usted mujereó mucho...

—¿Que mujereé mucho, hija mía? Todavía soy un macho capaz. Hasta puedo hacerte un hijo.

Toda la clase se rió. El cearense desafió:

—Eso lo pongo en duda, viejo. Sólo si fuera con la lengua.

Yo me metí:

—Cuenta la historia. Está interesante.

—Bueno... La chica era novia del Filomeno, *empreiteiro* del coronel. Se fueron a casar a Itabuna. Se casaron por el civil; cuando fueron a la iglesia el cura no estaba. Volvieron al campo. Miguel muy enojado diciendo que su hija estaba solamente *contratada*. Y no la dejó ir a la casa del marido. Cosas que los curas le metieron en la cabeza. De noche, la muchacha salió en busca del marido por el campo...

—Fue a hacer el amorcito...

—Miguel desconfió, la siguió y cuando los descubrió pecando los mató a los dos con una azada. Dijo que no podían disfrutarse sin el casamiento por la iglesia. Ahora se va a tragar treinta años.

—Y es poco —dijo la mujer a mi lado—; merecía más.

—Todo eso es ignorancia —respondí—; en mi tierra los curas dominan todo. —El cura da hasta la suerte —afirmó el cearense.

Un sujeto alto, de pelo amulatado, con una gran marca de cuchillo en la cara, se metió en la conversación:

—Cura de verdad es el padre Sabino, allá en Itapira. ¿Ustedes lo conocen?

—Lo conozco bien —declaró el viejo.

—Tiene doce hijos.

—Dicen que la manceba se vuelve mula-sin-cabeza...

—Fue el que le puso una hostia en el brazo a Algemiro. Por eso las balas no le entran. Quedó curado.

—No creo en esas cosas.

—Tráguese la lengua, sergipano. Usted no lo vio, ¿cómo es que no lo cree? Usted es nuevo acá... yo soy viejo, ya pasé los sesenta y cinco y vi cosas para poner los pelos de punta.

—¿Usted nació aquí?

—No, muchacho. Vine hace treinta años. Ya trabajé para más de cincuenta patrones... Ya fui patrón también. Un día Mané Frajelo me sacó lo que tenía. Ahora soy obrero de nuevo. Cuando yo vine para acá, Itabuna era Tabocas, Pirangi no existía. Se mataba a la gente como si fueran animales. Este que está aquí —el viejo escupía y se golpeaba el pecho— ya recibió tres tiros...

—¿Y a cuántos mató, don? —preguntó el cearense. El viejo sonrió.

—Usted quiere saber demasiado.

El tren paró en la estación de Agua Blanca. Algunos muchachones vendían cocos verdes. En la primera clase les compraban. La puta compró uno. Empezó a sorber el líquido dando grandes suspiros de satisfacción. El tren partió. La conversación volvió a comenzar.

La prostituta se acordó de ofrecer jugo de coco a los compañeros:

—¿Se sirven?

—Gracias.

Se dio vuelta hacia mí:

—¿Usted, hijito, no quiere?

—Muchas gracias.

—¿Por qué? Tome un poquito.

Él viejo y el cearense oían al pasajero alto con la cicatriz en la cara, que contaba bravatas, sombrío de gestos y la voz fúnebre.

—Fue una de matar gente... Pero el doctor no podía perder las elecciones. Yo dormía atravesado en la puerta de su pieza con la pistola en la mano. No se atrevió ni un guapo... Eso fue en los buenos tiempos...

—Ahora no se mata a nadie. Está todo calmado...

En Río del Braco el tren demoraba treinta minutos para su baldeo. Bajamos casi todos. En un quiosco vendían café y pan. Los pasajeros se agrupaban alrededor. El viejo me ofreció una taza de café. Y empezó a preguntar.

—¿Para quién va a trabajar, muchacho?

—Para Mané Frajelo.

—¿Para aquel miserable? Está bien arreglado. ¿Cuánto le va a pagar? ¿Mil quinientos reis?

—No sé. El encargado me lo va a decir.

—Trabajando allá nunca le va a quedar nada. Vicente trabajó para él. ¡Vicente!

Vicente era el sujeto de la cara marcada.

—Usted que estuvo alquilado de Mané Frajelo, ¿qué piensa de él?

—Es un hijo de puta, eso es. Trabajé allá tres años. ¿Adivine cuál era mi saldo cuando me fui?

El viejo sonreía.

—Cinco mil reis. Peor que él, sólo João Vermelho, su despensero.

El tren pitó. Volvimos a la clase. El cearense dijo:

—Yo voy a trabajar para el coronel Chico Vieira. ¿Qué tal es?

—Es mejor que Mané Frajelo.

—Esos son todos iguales.

La puta miraba interesada la cicatriz en la cara de Vicente, que se dio cuenta de su curiosidad.

—Esta cicatriz, hija mía, fue causada por una morocha como usted. Fue en Itabuna. El tipo me hizo este tajo pero él se fue al cementerio.

—¿Y usted fue preso?

—Un poco. El doctor en ese tiempo estaba arriba. El comisario no me hizo nada.

—Ésta parece una tierra maldita. Allá en Ceará me habían dicho que por aquí corría la plata.

—Plata hubo hace unos dos años. El cacao llegó a cuarenta mil reis. Los coroneles gastaban de verdad. Ganábamos cinco mil reis por día.

—¿Juntaron plata?

—Apenas... Subió todo: la carne seca, la harina, el poroto. Nadie ahorra. Para uno la cosa siempre es igual, con el cacao bajo o el cacao alto. Para los coroneles, es diferente. Yo hasta me alegro cuando el cacao baja...

El viejo se volvió al cearense.

—Usted se vino de Ceará justo ahora que mandaron una cantidad de plata para allá... Los sueldos subieron. Yo lo leí. El gobierno garantizaba que nadie se moriría de hambre.

—Vaya Dios a saberlo. Ellos se tragan la plata y nosotros nos morimos de hambre. No vimos los billetes. Mi mujer murió por el camino y mi hija se quedó en la calle de los *siete pecados capitales*.

—¿Qué calle es ésa?

—Es la calle de éstas... —y señaló a la puta.

Decía todo eso estoicamente, resignado, como si la cosa fuera natural. Vicente movió la cabeza:

—Esto es una mierda. El viejo filosofó:

—El mundo es así. Yo que estoy acá...

La puta apretó mi brazo y dijo de pronto en mi oído:

—¿Quiere conocer mi historia? —y apoyó la cabeza en mi pecho.

El tren llegaba a la estación terminal de Sequeiro de Espinho. El viejo y la muchacha tomaron un carro para Pirangi. Yo, Vicente y el cearense nos fuimos a pie conversando. Pirangi estaba a media legua de la estación. Supe que el cearense iba a trabajar en un campo de ahí cerca y que Vicente arreaba ganado unas diez leguas más adelante, en un lugar llamado Baforé. Anduvo todo el camino contando cosas de Baforé.

—Somos pocos hombres allá. Mujeres no hay. Sólo que alguno quiera dormir con una fiera. Calculen ustedes que un tipo de sesenta años se quería casar con una chica de nueve. Yo no lo dejé. Era una estupidez. Pero el pobre viejo hacía cinco años que no veía una mujer.

—Qué miseria...

Vicente me miró sonriente.

—El mocito, todavía no conoce nada. Va a aprender muchas cosas por aquí.

El camino orillaba un brazo del río. Del otro lado se veían los campos. Las canoas descendían cargadas de sacos de cacao. Señalé los árboles doblados por el peso de los frutos amarillos:

—¿Eso es el cacao, eh?

—¿No lo conocía?

—Yo tampoco —declaró el cearense—, es la primera vez que lo veo.

—Lo que es yo nací aquí, soy *grapiúna*. Todos ustedes cuando vienen del norte creen que se van a volver ricos, ¿no es cierto?

—Yo no. Apenas termine la sequía me vuelvo a mi tierra.

—¿Y usted, sergipano?

—Vaya a saber... Yo era obrero, ahora voy a ser campesino...

Me acordé de la frase de Roberto:

—Pero un día...

—¿Un día qué? ¿Será rico?

—Vaya a saber...

Por la mitad de Pirangi, Vicente me señaló a un individuo:

—Aquél es Algemiro, el encargado del coronel Misael.

—Voy a hablarle.

—Adiós, sergipano.

—Adiós, compañeros.

Me acerqué a Algemiro y me presenté.

—¿El coronel lo mandó?

—Sí.

—¿Le dijo cuánto iba a ganar?

—No.

—Es tres mil quinientos por día. ¿Está bien?

—Está bien.

—¿Conoce el trabajo?

—No, yo recién vengo de Sergipe.

—Bueno, compatriota. En el campo los otros le van a enseñar. Allá le mostraré su trabajo. ¿Usted no conoce el camino, no? Entonces vaya con Antonio Barriguinha.

—¿Quién es?

—Es el tropero. Vino a traer cacao y se lleva carne y porotos para los alquilados. Espere allí que yo vuelvo con él.

Esperé una buena media hora hasta que Algemiro se apareció con Antonio Barriguinha. Y nos fuimos para la Plantación Fraternidad con veintidós burros por delante. A la mitad del camino, nos pasó Algemiro bien montado en un burro pardo.

Yo iba indiferente a mi suerte, pensando que, tal vez, Antonio Barriguinha, callado y poco amistoso, no me ofrecería comida.

La plantación quedaba a dos leguas y media de Pirangi. Después de una larga marcha distinguimos las barcazas y la casa grande con su letrero:

PLANTACIÓN FRATERNIDAD

Yo tenía un hambre de todos los demonios y me acordaba de la puta compañera de viaje.

Héroe de emboscadas y bandolerismo

Antonio Barriguinha no me dio el almuerzo ese día. Me lo dio Honorio. Yo fui a vivir con él en un rancho de paja de una sola pieza que servía de dormitorio, sala y cocina. Colodino me dijo:

—Aquí sólo la letrina es grande...

Y extendió los brazos en un gesto que dominaba los campos:

—Es el campo...

Vivíamos cuatro en la casilla. Honorio, gigantesco, los dientes blancos siempre riendo en su boca negra; Colodino, carpintero, que estaba construyendo barcas para el coronel y João Grilo, mulato flaco que sabía cuentos.

Me miraron sin desconfianza. Honorio me ofreció un pedazo de carne seca, un puñado de porotos y racimos de moras. Comimos silenciosos. Después Colodino templó la guitarra y João Grilo buscó conversación:

—¿Ya sabe dónde va a trabajar?

—No.

—Me parece que en el campo que fue de João Evangelista. Honorio trabaja allá.

Yo conté mi historia. No los asomé. Colodino comentó:

—Cada tanto aparece por aquí un tipo que ya fue rico. Acá en el sur hay muchos sergipanos.

—¿Usted de dónde es?

—Soy de la capital. João Grilo es *sertanejo* y Honorio es de por aquí, es *grapiúna*.

Honorio mostraba un horrible paleta de género barato.

—¡Eh! Paleta para lucir en el cabaret.

—¿Usted va el sábado a Pirangi?

—Sí voy...

—¿Con qué plata?

—El coronel le da.

Fui a trabajar con Honorio. Éramos muchos en la inmensidad del campo. Las hojas secas de las plantas cubrían el suelo donde las cobras se calentaban al sol tras las largas lluvias de junio. Los frutos amarillos pendían de los árboles como lámparas antiguas. Maravillosa mezcla de color que volvía todo bello e irreal, menos nuestro trabajo cansador. A las siete ya estábamos derribando los cocos de cacao, después de haber afilado nuestros facones en la puerta del almacén.

A las cinco de la mañana, un vaso de vino y un plato de porotos nos daban fuerzas para el trabajo del día.

Honorio me enseñó el trabajo. Nos hicimos buenos amigos bajo aquellas sombras cariñosas de las plantas de cacao, donde el sol no entraba. Mis pies comenzaron a adquirir esa costra gruesa formada por la miel del cacao, que los baños en el río no quitan y que hacen muy doloroso calzarse. Y fui de los pocos que sabían la historia de aquel negro gigantesco, de ojos mansos de cordero, dientes risueños y gruesas manos de asesino.

Héroe de emboscadas y bandolerismo.

Quedaba claro por qué, aunque le debía novecientos mil reis, el coronel no echaba a Honorio y todavía le daba plata para sus borracheras en Pirangi.

Nativo del lugar, había nacido en los buenos tiempos de las fortunas rápidas y de los asesinatos por cualquier cosa. Se había educado entre tiroteos y muertes. El padre había enfrentado a Juri en algunas ocasiones y terminó muerto a machetazos. A los doce años, Honorio ya había matado gente con la puntería más certera de diez leguas a la redonda. Así se crió. No sabía a cuántos había matado.

Después vino el saneamiento de los campos de cacao. Las muertes disminuyeron, pero no terminaron ¡qué esperanza! Y todavía hoy los caminos están llenos de cruces anónimas. Es la emboscada. En una noche sin luna el viajero viene del poblado. La guayabera solitaria en el camino esconde al hombre y su pistola. Sólo un tiro. El cuerpo cae. El que disparó le va a comunicar a quien lo mandó que el trabajo está hecho y recibe sus cien mil reis prometidos. Al otro día se encuentra el cuerpo que es enterrado allí mismo. Y la vida continúa sin novedad.

Honorio era técnico en emboscadas y el coronel Misael tenía numerosos enemigos... No sé si el coronel sentía remordimientos. Honorio, no. Tenía la conciencia limpia y clara como agua de fuente. Era buen compañero y nosotros lo apreciábamos mucho.

Sabía historias de fortunas y de pobreza. Y en las noches de luna nos contaba hechos misteriosos que la justicia no había descubierto. Perezoso, era raro el día en que Algemiro no se enojara con él. Honorio lo miraba con sus ojos mansos:

—Le tengo unas ganas a ese tipo...

Armaba líos tremendos en las casas de las putas de Pirangi. Se envanecía de no pagar mujer. Pero cuando la gente no tenía ahorros, él iba a verlo al coronel, el facón en la mano, y le pedía con voz suplicante, caliente. El coronel gritaba, lo trataba de haragán; pero Honorio nunca volvió con las manos vacías.

João Vermelho, el despensero, le tenía miedo. Un día se negó a despachar la ración de Honorio, diciendo que era por orden del coronel que estaba en la ciudad. El negro no se alteró. Saltó el mostrador y pesó él mismo sus porotos y su carne. Y después con sus tremendas manos negras retorció la nariz blanca y afilada de João Vermelho. Nos reímos como perdidos.

Honorio también sabía cantar. Y de noche, su voz llenaba el silencio, acompañado por la guitarra de Colodino.

Hablaba de las muchachas de Pirangi. Casi todos los campesinos tenían sus amoríos. Algunos se casaban por la iglesia, otros se juntaban, lo que era más común. Legiones de hijos ayudaban a sus padres en los campos. Eran raros los que sabían leer. Instrucción sólo teníamos yo y Colodino, que había ido a la escuela y leía y escribía para todo el personal.

Desde hacía varios años Honorio andaba dándole vueltas a la cartilla, pero no había pasado de las vocales. Quería aprender a leer para comprar las historias versificadas de Lucas da Feira, João do Telhado y Lampião. João Grilo, a quien se le decía doctor, sabía esas historias y las recitaba para nuestro encanto. Honorio pretendía todavía aprender el abecedario, Colodino se la daba de maestro. Pero eso no entraba en la cabeza del gigante.

João Grilo, el mulatísimo, bromeaba:

—Es porque usted es negro, Honorio. Nosotros los blancos somos los que sabemos... Yo, doctor João Nabuco da Silveira Nascimento, vulgarmente llamado João Grilo...

—¿Y usted qué es, grandulón?

—Yo soy blanco, ¿qué duda cabe? Si yo fuese negro sólo por un minuto, me suicidaba con una soga.

Honorio reía alto y Colodino gemía en la guitarra nostalgias de otras tierras y de morenas vestidas de percal.

A las nueve de la noche el silencio cubría el lugar y nos estirábamos en las tablas que nos servían de camas y dormíamos de un tirón, sin tener sueños ni esperanzas. Sabíamos que al otro día seguiríamos recogiendo cacao por los tres mil quinientos que la despensa nos sacaría. Los sábados íbamos a Pirangi para descargar el sexo. Algunos que llevaban meses sin salir de la plantación se satisfacían con las yeguas de la tropa. Mineira, la madrina de la tropa, estaba viciada y se la disputaban. Los chicos se iniciaban temprano con las cabras y las ovejas.

Nadie se quejaba. Todo estaba bien. Vivimos casi al margen del mundo y nuestra miseria no le importaba a nadie. Se vivía por vivir. Muy lejana, se entreveía la idea de que las cosas podían cambiar. Cómo, no lo sabíamos. No todos podríamos ser patrones. Entre mil, apenas se podía enriquecer uno. En la plantación Fraternidad solamente Algemiro había conseguido algo. El patrón le había dado un campo que valía unos treinta contos, que él le pagaría con las zafras. Entonces, ¿cómo íbamos a salir de esa situación miserable? A veces pensábamos en esas cosas. Principalmente Colodino.

Honorio decía:

—Cualquier día yo salgo a matar a todos esos coroneles y nos dividimos esto.

Nos reíamos. No sé, pero la riqueza no nos tentaba mucho. Apenas pretendíamos algunas comodidades para aliviar nuestra miseria. Con más de animales que de hombres, teníamos un reducidísimo vocabulario donde las palabrotas dominaban. En aquel tiempo, como los otros campesinos, yo no sabía nada de la lucha de clases. Pero intuíamos ciertas cosas.

Y pensábamos en la fórmula de Honorio hasta que llegaba el sábado y nos íbamos a Pirangi.

Pirangi

João Grilo trajo el papel que yo leí en voz alta:

¡DESPERTAD, JUVENTUD ALEGRE!

En la pintoresca aldea de Pirangi donde está situada la casa de diversiones

CINE ALIANZA

reclamamos su atención para aumentar el brillo de las fiestas que la celebrada Murga Carnavalesca *Bacuraús em Folia* animará: un pic-nic y un baile al aire libre, 2000 reis el programa completo con invitación.

A la tarde, remate y quermese, con exhibición de las diversiones desde la mañana; a la noche se verá el filme sobre el más allá:

ÁGUILAS MODERNAS

El servicio de bar y bufet será impecable y se hace constar que en la mañana del día 6, se presentará un camión, para anunciar los festejos, con señoritas y una afinada orquesta, para dar mayor éxito al festival.

Reclamamos la atención de quienes deseen dar brillo a estos festejos con su presencia, para que tomen el automóvil No 51, que estará a la disposición y al alcance de todos los bolsillos.

Esperamos ver flores, músicas y risas.

Apenas terminé de leer, Honorio gritó:

—¡Eh!, voy a estrenarme el paleta...

Organizamos una barra para ir. Yo, Honorio, Antonio Barriguinha, João Grilo, Nilo, João Vermelho y varios más. Colodino también iría y llevaría a su novia, Magnolia, la morocha más linda del lugar.

Hacía mucho que Colodino trabajaba en la construcción de las barcazas para la plantación. Allí conoció a Magnolia, la hija de doña Julia, una vieja de cincuenta años. Las dos estaban alquiladas para la recolección del cacao. Magnolia era bonita, sí. Pero no como las campesinas heroicas de las novelas de esos escritores que nunca pisaron una plantación. Manos callosas y pies grandes. Nadie que trabaje en el cacao puede tener los pies chicos. Los pechos llenos, a veces se asomaban por las roturas del viejo vestido. Pero uno no se fijaba. Era novia de Colodino y nosotros la respetábamos. Un poco envejecida quizá, para sus veinte años. Colodino la amaba y le cantaba con la guitarra versos improvisados. A veces, a la noche, dábamos un salto hasta la casa de la vieja Julia para tomar un trago de cachaba y charlar un poco. No se crean que Magnolia hablaba bien. Eso no se da en el campo. Magnolia sabía palabrotas y las soltaba a cada rato. A pesar de eso y de bañarse desnuda en el río, nunca le dio confianza a nadie y seguramente Colodino sería feliz con ella. Pero en las plantaciones de cacao siempre existe una cosa que se llama "el hijo del coronel", que es estudiante en Bahía, ignorante y estúpido.

Mané Frajelo también tenía un hijo, Osorio, que perdía el tiempo en la Facultad de Derecho desde hacía varios años...

Pirangi tenía una calle única de dos kilómetros. La *Casa de diversiones Cine Alianza* estaba situada en el centro de la aldea. Allí se armaron las barracas para la quermese y el remate. Había mucha gente del lugar y de las plantaciones cercanas. Los árabes del comercio local confundían el idioma. Las niñas de Pirangi y las muchachas del campo, con los ojos bajos y los vestidos pasados de moda, con las mejillas horriblemente pintadas, imitando a las damas de la alta sociedad. La orquesta, una agrupación de negros, desafinando, alegraba a los concurrentes. Un fotógrafo ambulante sacaba retratos en quince minutos.

Se comentaba la llegada de la murga carnavalesca *Bacuraús em Folia*. Algunos decían que la murga no saldría porque se habían peleado los directores. Otros no lo creían. Se discutía entre palabrotas y risotadas.

—Esto es un desorden. A lo mejor los *Bacuraús* no se presentan.

—Si no se presentan yo quiero mis dos mil reis.

Los campesinos pasaban. Debajo del saco se les adivinaba el revólver. Era rara la fiesta que no terminaba en un lío. Los cuatro policías que cuidaban el orden en la aldea representaban bien la manera brasileña. Tomaban más que nadie y pellizcaban a las mulatas.

- Déjeme, salga de acá, animal.
- Venga acá, hija mía, no sea mala.
- Conmigo no, cruz diablo, sataná.
- Si soy un santo, mi bien.
- Vaya a cargar a su madre...
- Burra... asquerosa...

Y los pellizcones y las picardías continuaban. Fumaban cigarros de cincuenta reis y llenaban el sitio con sus carcajadas.

Las familias de los médicos y comerciantes ricos se sentaban aisladas en sillas puestas en las veredas. Para la "sociedad" se daba un baile en la casa del doctor Domingos, el farmacéutico. Pero como empezaba a las diez de la noche, los ricos querían disfrutar primero de la fiesta de los pobres.

Se compraban entradas para el baile al aire libre y para el cine.

Cada tanto se armaba un lío con gritos y corridas, que los menos borrachos apaciguaban;

Cuando nosotros llegamos comenzaba el remate. Colodino compró una muñeca rubia para Magnolia. Don José Rodrigues se desgañitaba encima de un banco:

—¿Quién da más? ¿Quién da más? Ocho mil reis por una muñeca que hasta cierra los ojos, es muy poco... ¿Quién da más?

Nadie daba más. Colodino se quedó con la muñeca y pagó con billetes viejos de diez tostones rotos y pegados con jabón.

Los *Bacuraús em Folia* llegaron y todo el mundo los rodeó. Bailaban y cantaban y el abanderado realizaba prodigiosos pasos de danza con el estandarte. Los presentes cantaban a coro el estribillo:

¡Eh! vamos a jugar...

¡Eh! vamos a jugar...

João Grilo distribuyó pellizcones a diestra y siniestra en medio de la aglomeración. Una vieja se enojó:

—Me pellizcaron las nalgas...

—Salí de ahí, cuero.

—Sinvergüenza.

—Bruja...

¡Eh! vamos a jugar...

¡Eh! Vamos a jugar...

El abanderado parecía movido por un espíritu. Bailaba ritos africanos que llevaba en herencia con la misma sangre. Se agachaba completamente con la bandera y de pronto se erguía en puntas de pie, casi no tocaba el suelo. No veía a nadie, totalmente poseído por el baile. El Congo, los desiertos, las noches con rugidos de fieras. ¡Orixá, cuánto había en aquella danza!...

La orquesta se detuvo. Gritaron:

—¡Vivan los *Bacuraús em Folia!*

—Viva...

Y la murga salió para visitar las casas de los ricos, donde había bebidas y dulces. La gente volvió a pasearse a la espera de la hora del cine o del baile. Algunos acompañaron a los Bacuraús. Honorio fue a tomar una cerveza en el bar de don Isaac, que después de las diez funcionaba como cabaret.

Honorio vestía el famoso paletó de género azul. La corbata hecha con la cinta del sombrero y unos enormes zapatos que a pesar de eso le dieron un increíble trabajo para calzarlos. Se demoraba en la puerta de una casa hablando con una conocida puta. Al volver reventaba de orgullo.

—Mariazinha me invitó a dormir con ella hoy.

—Buen provecho... Yo le debo una buena purga...

—Usted habla despechado, João Grilo, porque ella llamó a este servidor... Usted ya tuvo un metejón con ella.

—¿Yo?... véanlo...¿Por esa vaca? Fue ella la que hizo brujerías para agarrarme.

Como respuesta Honorio se rió a carcajadas.

—¿Se piensa que es mentira? Pregúntele a Antonio Barriguinha... Él vio la mezcla. Aceite de *dendé*, pelo de sobaco y harina...

—Cállate la boca, mulato bruto.

—Ya vas a ver el resultado, negro idiota.

Mariazinha tenía unos dieciocho años, mulata joven. Pero entre ella y Zefa, vieja de cincuenta, no había diferencias. La misma cara consumida, las mismas piernas repletas de lastimaduras.

El cine se llenó. Había mucha gente parada. Si no estuvieran acostumbrados a las pulgas y a las chinches no podrían mirar la película. Pero igualmente la gente se rascaba a más no poder. Nosotros casi ocupamos una fila entera. Sólo quedó un lugar donde se sentó un policía, al lado de Magnolia. Los muchachos impacientes empezaron a golpear en los asientos. En seguida se armó un barullo enorme. Finalmente, empezó la película, toda cortada. Y los ojos de aquella humanidad se extasiaban ante el lujo de Nueva York. Honorio no estaba contento:

—El cine no me gusta. Me gusta el circo.

João Grilo replicaba:

—No puede negar que es negro. A mí me gusta. Esto es hecho en las *Uropas*.

—Cosas de extranjeros...— Y Honorio estiraba la trompa con gesto de no importarle. Después preguntaba:

—¿Cómo es que se mueven?

—Negro bestia. ¿No ves que hay un hombre atrás del telón y que es su sombra la que aparece?

Magnolia se movía en la silla, inquieta. Colodino le preguntó qué le pasaba. Que no era nada, contestó sin querer confesar que el policía la estaba tocando. Pero como el policía seguía, Magnolia terminó diciendo:

—Ay, Colodino, este policía me está tocando.

Colodino se levantó y lo enfrentó:

—¿Usted se cree que está toqueteando a una mujer cualquiera, a una hija de una puta?

La bofetada estalló. El policía se cayó. Al levantarse, medio atolondrado, sacó el sable:

—Ya te voy a enseñar, perro, a respetar la autoridad...

—Atorrante.

Honorio lo volteó de una trompada. Lo arrastraron afuera. Algunos hombres se subían a las sillas para ver qué pasaba. Otro policía se acercó a Colodino:

—Dése preso.

—No voy.

—Usted se desacató ante un policía.

—Él estaba toqueteando a mi novia.

Honorio se acercó:

—Estaba borracho. ¿Y ahora qué pasa?

El policía encontró más prudente mandarse a mudar. Y la película continuó.

Fuimos a observar la fiesta del doctor Domingos. El patio, repleto de gente. Labradores y muchachas pobres. Algunos empleados de comercio, que no habían sido invitados, vestidos con su mejor ropa, confiaban poder entrar. Miraban suplicantes y envidiosos a los que bailaban. Luz eléctrica sólo había en el cine y en el bar. La casa del doctor Domingos estaba iluminada a querosene. Tanta luz, que lastimaba los ojos. Un piano alemán se dejaba tocar por una lánguida doncella que buscaba marido. Lisa como una tabla, hacía rato que había entrado en los treinta. Pero, con una vocecita asexual, decía que cumplía veintitrés en agosto. Esperaba un novio y mientras no llegaba tocaba el piano en las fiestas

Jaca

¡Jaca! ¡Jaca! Los chicos se trepaban a los árboles como monos. La jaca caía, bum, bum, ellos le caían encima. Al poco tiempo quedaba la cáscara y el carozo que los chanchos devoraban a gusto.

Los pies desparramados parecían de adultos, la barriga enorme, inmensa, de la jaca y de la tierra que comían. La cara amarilla, de una palidez tenebrosa, denunciaba herencias de terribles males. Pobres criaturas amarillas, que corrían entre el oro del cacao, vestidas con harapos, los ojos muertos, casi imbéciles. La mayoría de ellos desde los cinco años trabajaba en la recolección. Y se conservaban así,

débiles y esmirriados hasta los diez o doce años. De repente se volvían hombres fuertes y bronceados. Dejaban de comer tierra pero seguían comiendo jaca.

Escuela era una palabra sin sentido para ellos. ¿Para qué sirve la escuela? No adelanta nada. No enseña cómo se trabaja en los campos ni en las barcazas. Algunos, al crecer, aprendían a leer. Se podían contar con los dedos. Escuela de libertinaje eran los campos con las ovejas y las vacas. El sexo se desarrollaba temprano. Aquellas criaturas pequeñas y barrigudas, tenían tres deformaciones: los pies, la barriga y el sexo. Conocían el acto sexual desde el nacimiento. Los padres se amaban sin tapujos y muchos habían visto a sus madres con varios maridos.

Fumaban cigarrillos de tabaco picado y bebían grandes tragos de cachaba desde la más tierna infancia. Aprendían a temer al coronel o al capataz, y asimilaban aquella mezcla de amor y odio de los padres hacia el cacao. Rodaban con los chanchos por el barro y aceptaban la bendición a todo el mundo. Poseían una vaga idea de Dios, un ser algo así como el coronel, que premiaba a los ricos y castigaba a los pobres. Crecían llenos de supersticiones y de heridas. Sin religión, sentían al cura como un enemigo. Lo odiaban naturalmente, como odiaban a las cobras venenosas y a los hijos chicos de los patrones. A los doce años los trabajadores los llevaban a Pirangi, a la casa de las putas. Cuando se agarraban la enfermedad mala, se volvían hombres. En lugar de quinientos reis pasaban a ganar mil quinientos. Chiquillada de nombres corrientes: João, José, María, Pedro, María de Lourdes, Paulo, chicos que nunca tuvieron ni juguetes ni muñecas. Algunos tenían nombres raros de héroes de novela, aristocráticos: Luis Carlos, Tito Livio, César, Augusto, Jorge, Gilca, Alda. Después descubrí que todos éstos eran ahijados de María, la hija del coronel.

Los bautizos se hacían año a año para la Navidad. El coronel y la familia invitaban a un cura para que celebrase una misa en el campo. Familias de Ilhéus, Itabuna y Pirangi llenaban la casa grande. Se sacrificaban chanchos, gallinas, pavos y carneros, bailaban por la noche al son de un vitrola. Ocho días de fiesta de esa gente de la ciudad, que evitaba rozarse con los campesinos, con miedo a ensuciarse y que se divertía desde lejos con las bestialidades que decían.

La Navidad traía las grandes fiestas. Trabajadores de diferentes lugares, familias enteras de contratistas, venían a bautizar a los hijos. Los hombres cargaban los zapatos al hombro y se ponían los pantalones de lujo. Iban hasta la casa grande para saludar al coronel y a su familia. Las visitas reían con risitas sarcásticas porque las mujeres entraban con la cabeza baja, avergonzadas. Los chicos raquícos y barrigones recibían la bendición de todo el mundo y besaban la mano:

—Bese la mano del doctor Osorio, peste. Sea bien educado...

Pellizcones, caras de llanto, caras de risa.

Después volvían al frente del almacén, donde la cachaga corría y las guitarras y armónicas cantaban alegrías y tristezas, historias de amores primitivos con morenas de moños con lazo, vestidas de percal, flores salvajes del campo.

Todos bebían. Hombres, mujeres y niños. La fiesta no nos alegraba. Nos alegraba el día sin trabajo, el salario pago. El altar levantado en la galería de la casa grande, desaparecía entre las flores puestas allí por las manos cuidadas de María y de sus amigas. Apenas se podían ver los cuadros de los santos debajo de tantas rosas. A las diez, la familia del coronel y las visitas ciudadanas se extendían por la galería. Nosotros íbamos al patio. El cura comenzaba la ceremonia. Los ricos arrodillados, las muchachas rezaban con rosarios de plata o con libros ribeteados de oro. Los pobres se quedaban de pie, algunos fumaban:

—Yo no me arrodillo para no ensuciarme el modelito. Lo compré ayer...

Las mujeres de los trabajadores rezaban también oraciones exquisitas, semicatólicas y semifetichistas:

"Santa Bárbara líbranos de las tormentas, las pestes y las mordeduras de cobras. Líbranos de los espíritus malos, de los lobisones y de las muías sin cabeza. Haz que mi marido tenga saldo para poder irnos a Piauí o por lo menos a Bahía a ver al Santo Jubiabá, hijo de Orixá-la, Nuestro Señor. Yo quiero que mi marido esté sano; si no, nos morimos de hambre, mi Santa Bárbara. Libra a mi hermano Julio de aquella peste de su mujer que se lleva todos sus ahorros. Protege a nuestra casa contra el espíritu del caboclo Curisco, que anda armando barullo. Amén."

Se persignaban confundidas. Las ricas rezaban con los vestidos escotados, la piel, Dios mío, blanquísima, parecían frutas europeas. Con los ojos bajos, la gente trataba de verles los pechos y las piernas. Comentaban:

—Yo con ésa en la cama...

—Creo que...

—No hable así...

—Qué pedazo...

—¡Eh! Estoy viendo un pecho, ¡qué belleza!

Y las señoras, blancas como carozos de cacao salidos del coco, entregadas por completo a la devoción, dejaban que viésemos encantos raros que llenaban nuestros sueños de malos sueños en las noches solitarias de la plantación.

El cura levantaba la hostia. Se arrodillaban todos, con excepción de Colodino que no creía. Los otros éramos indiferentes. Nos arrodillábamos porque sí. ¿Qué importaba? Cuando las muchachas se levantaban, las polleras al aire y las piernas a la vista, deslumbraban a nuestros ojos huérfanos de mujeres hermosas. Y ellas les sonreían a los muchachos estudiantes que habían venido con el hijo del coronel. Al día siguiente les teníamos odio y un deseo acentuado, miedoso.

Entonces venía el bautismo. Treinta, cuarenta criaturas, una legión, bautizadas todas a la vez, como un rebaño de bueyes yendo a la yerra. María sostenía velas y buscaba nombres complicados para sus ahijados. Los menores lloraban, los mayores no entendían. Debían llamar padrino al coronel y madrina a María.

El cura, vestido de oro y seda, nos daba envidia. Después hacía un bonito sermón. Afirmaba que la gente debía obedecer a los patronos y a los curas. Que no debía prestarse oídos a las teorías igualitarias (la gente quedaba ansiosa por conocer esas teorías). Amenazaba con el infierno a los malos que se rebelasen. Ofrecía el cielo a los que se conformasen.

Parejas amigadas desde hacía tiempo se dejaban bendecir por el cura. Y a pesar de quedar casados religiosamente, Dios no les mejoraba la suerte. Continuaban en la misma miseria de todos los días.

Terminadas las ceremonias, el cura sonreía al coronel y el coronel sonreía a los presentes y marchaban a la mesa, adornada con flores, vinos y gallinas. El coronel ordenaba que se nos diese cachaba. Nuestra carne seca era la misma y los porotos también.

Los recién bautizados, a pesar de la ropa nueva, trepaban a las jaqueiras y las jacas maduras caían. Se peleaban después. No jugaban al fútbol ni corrían en bicicleta. Mataban pájaros con hondas y a escondidas de las madres, comían el barro de la orilla del río.

Ni los chicos tocaban los frutos del cacao. Le tenían miedo a ese coco amarillo, de carozos dulces, que los aprisionaba en aquella vida de carne seca y jaca. El cacao era el gran señor a quien hasta el coronel temía.

Raimunda se murió un día claro de sol en la plantación del coronel Aurelio. Amelia parecía una muchacha mayor cuidando a la enferma. Catorce años raquíticos. Al morir, Raimunda le pidió al coronel que velase por el futuro de su hija. Se quedó como criada del coronel en Ilhéus. Servía de caballo para los hijos del patrón, barría la casa e iba a buscar agua a la fuente. Comía los restos y recibía golpes en todo momento. Un día se rebeló. Les pegó a los que la montaban. Los mordió. La castigaron. Lloró mucho. Le dieron tantas ese día que sus gritos se oían en la calle.

Una vecina que acudió, doña Clara, explicó:

—La gente hace la caridad de amparar a esas miserables y ellas son malcriadas, no hacen nada bien. Calcule que ésa, no sé cómo llamarla, mordió a Jaime y le pegó a Joãzinho. Después largó un montón de palabrotas. Solamente con una buena paliza. Sino nunca se endereza...

Ellas no sabían cómo se podía odiar esa caridad. ¡La escuela! Amelia fue a la escuela. Un día, un individuo, poeta o alguna cosa así, raptó a Amelia. Y entonces fue a la escuela. Hoy nos escribe, nos cuenta cosas. Dice que un día, cuando sea grande, nos vendrá a enseñar. Ese día, cuando conozcan esas cosas, los chicos no comerán más jaca. Se levantarán con el mango del facón empuñado... Uno no entendía bien a Amelia. Pero le teníamos fe. Un día... Los chicos no pensaban. Trabajaban, comían y dormían. Un literato dijo en cierta ocasión:

—Ésos sí que son felices. No piensan...

Así le parecía a él.

El rey del cacao y de la familia

Vinieron a pasar las fiestas de San Juan. Colodino había arreglado la galería, cambió las tablas viejas que las hormigas royeron, encaló el frente y pintó las puertas. Al fondo, esperando las fiestas, crecían el maizal, la *canjica*, el *munguía*, la *pamonha*. Algemiro y João Vermelho andaban enloquecidos preparando las cosas para la llegada del coronel y de la familia. Manuel Misael de Sousa Teles, el rey del cacao, señor feudal de aquella interminable plantación Fraternidad, llegó con toda la familia una clara mañana de junio. Cinco burros cargaban el equipaje. Doña Arlinda, metida en una increíble vestimenta de amazona, derrengaba al pobre burro con sus casi cien kilos. María montaba como hombre, los ojos claros y los cabellos rubísimos y crespos, agitados por el viento fino que doblaba el maizal y volteaba las hojas de los árboles de cacao. El coronel interrogaba a Algemiro sobre la zafra y a João Vermelho sobre los trabajadores.

—El campo de atrás de los pastos, dio más el año pasado.

—No lo podemos... Pero el de João Evangelista está dando más este año.

—¿Llegará a ochenta mil la zafra, eh?

—Sí, coronel.

—Es necesario. El cacao está bajando —señala a la gente—, esos miserables sólo saben comer. No trabajan casi nada.

—Debemos estarles encima.

El coronel tenía una voz arrastrada, demorada, cansada, de animal sagaz, y unos ojos malos, escondidos en el fondo de la cara arrugada por los años. Como mi tío, cultivaba una barriga redonda, símbolo de su hartazgo y de su riqueza. Se sabía que comía mucho, comía estúpidamente, y que cincuenta años atrás había sido tropero y después, dueño de una taberna. Quizá había sido alquilado y por eso desconfiaba de nosotros. Doña Arlinda, orgullosa de la riqueza de su marido, usaba joyas caras y vestidos de seda hasta para andar por los campos.

Varios de nosotros estábamos sentados frente al almacén cuando pasó la cabalgata:

—Buen día.

—Buen día.

Valentín respondió lento:

—Nuestro Señor Jesucristo le dé buen día, patrón.

Y bajito hacia nosotros:

—El diablo te conjure, peste.

De los extremos de la plantación, de los campos más distantes, salían familias enteras de trabajadores que venían a saludar a doña Arlinda. Traían cestas. *Quiabos*, *jilós*, tomates y porotos verdes llenaban las cestas. Algunos traían zapallos gigantes, jacas escogidas, cachos de banana. Los seguían las criaturas barrigonas, patinando en el barro y corriendo por el camino:

—Siga derecho, porqueriíta. Dentro de poco la ropa va a estar sucia como un horror. ¿Y así va a pedirle la bendición a! padrino?

Entraban y apretaban los dos dedos llenos de anillos que doña Arlinda les presentaba. Los chicos besaban la mano de la madrina, los labios sucios de jugo de jaca. Patrones de los alrededores conversaban con el coronel sobre los negocios. Desde la galería, María miraba el paisaje de oro del cacao, en el cual, nosotros, hombres desnudos de la cintura para arriba, éramos simples complementos.

Doña Arlinda preguntaba a las mujeres:

—¿Cómo anda su marido?

—Enfermo, patrona. Desde que una cobra lo mordió, no volvió a tener salud. Yo hasta desconfío que eso es un hechizo. Pero como no tiene saldo para ir a Bahía a ver al Santo Jubiabá...

—¡Hechizo de qué!... Eso es pereza... Si ustedes trabajaran terminarían enriqueciéndose.

—Uno no hace cuestión de volverse rico, no, señora. Uno quiere tener salud y porotos para comer. Y se trabaja mucho, se trabaja.

Doña Arlinda se miraba las manos pequeñas, de uñas rojas y bien arregladas:

—El trabajo no es tan pesado como dicen...

La mujer se miraba las manos grandes y callosas, de uñas negras y rotas y sonreía con la sonrisa más triste del mundo. No lloraba porque ella, como nosotros, no sabía llorar. Estaba aprendiendo a odiar.

Bebían su trago de vino y se volvían. Los chicos que tan difícilmente se habían mantenido quietos, salían a todo correr.

En una de esas carreras, un chico golpeó un árbol de cacao y derribó un fruto verde. El coronel, que miraba desde la galería, voló encima del chico que ante el tamaño de su crimen se quedó boquiabierto. Mané Frajelo levantó al criminal por las orejas:

—¿Usted se cree que esto es de su padre, atorrante? Sólo saben destruir las plantaciones, desgraciados. Una tabla de cajón, tirada por allí, sirvió de chicote. El chico berreaba. Después, dos puntapiés.

Colodino cerraba los ojos y los puños. Todos estábamos parados, sin un gesto. Era el coronel quien castigaba y además, el castigado había volteado un coco de cacao. De cacao... Maldito cacao... Esa tarde, de vuelta del trabajo, como siempre, nos reunimos a conversar frente al almacén. Comentábamos la llegada del coronel, cuando apareció él, acompañado por Algemiro y por María, que vestía un pijama muy adornado, de seda.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—¿Cómo van las barcazas, Colodino?

—Comencé con las últimas.

Honorio jugueteaba con el facón.

—¿Y usted, negro, siempre tan perezoso?

Honorio espiaba con los ojos mansos y sonreía:

—Nunca fui...

—¿Ha robado mucho, João Grilo?

—No sé hacer cuentas.

Mané Frajelo se volvió hacia mí:

—¿Y ése quién es?

—Un sergipano —explicaba Algemiro— nuevo aquí. Todavía no hace un año.

—¿Qué tal su trabajo?

—No está mal...

Le llegaba el turno a Valentín:

—¿Usted no se murió todavía, porquería? No sirve más para el trabajo, vive aquí comiendo de favor.

—De aquí sólo salgo con los pies para adelante. Quien comió la carne que roya los huesos...

Decididamente, el coronel estaba de buen humor. Bromeó con todos. Lo oíamos silenciosos, la cabeza gacha, mirando las plantas de cacao. Nunca odié a nadie como aquel día odié al coronel. Al fin se volvió hacia María:

—¿Y? ¿No elegiste todavía?

Había llegado la temida hora de la elección. María debía optar por uno para el servicio de la familia. Nos parecíamos a una banda de pollos de los cuales uno, el más pintoresco, sería separado de los otros y llevado a la casa del patrón. Teníamos miedo porque, aunque el trabajo era menor, la humillación era mucho mayor.

Los ojos de María se detuvieron en mí. Bajé la cabeza, sombrío.

—El sergipano, papito.

Algemiro me tocó el hombro:

—Usted queda a disposición del coronel —me felicitaba—. ¿Qué suerte, eh? Ganar casi sin trabajar.

Con una voz arrastrada como la de Mané Frajelo respondí:

—Aja...

El coronel y la hija se distanciaban. Algemiro los acompañó. Miré a mis compañeros. Honorio se sentó a mi lado:

—Va a sufrir un poco, sergipano. Esa muchacha es una orgullosa. Yo sufrí el año pasado. Pero así es la cosa. Todos son una peste...

Me di vuelta hacia Colodino:

—¿Esto seguirá siempre así, Colodino?

De todos nosotros, él parecía el único que tenía una cierta intuición de que algo, un día...

—Es imposible. Tiene que cambiar.

—¿Cómo?

—No lo sé...

Algemiرو había vuelto y opinaba:

—Hay que trabajar para enriquecerse.

—No —Colodino no estaba de acuerdo—, así siempre habrá patrones y alquilados.

—Siempre habrá, sea como sea.

Mirábamos el cacao y no encontrábamos la solución. Si nosotros no estuviéramos muy acostumbrados con la miseria, los suicidios serían diarios. ¿No habría una manera de salir de esa situación?

Las primeras estrellas que aparecían en el cielo no respondían. Ni las cobras que silbaban en los campos.

Cargué agua y partí leña. Ayudé a matar una gallina y traje naranjas y cachos de bananas. El café de la familia del patrón valía más que nuestro almuerzo, café con leche, pan, queso, arroz dulce, *aipim* y cuanta cosa había... El pijama de María tenía diseños complicadísimos. Me senté a la puerta de la cocina. La cocinera me ofreció una taza de café.

—Gracias. Ya comí.

Se sorprendió de mi excusa:

—Tiene leche. Es del bueno, tonto.

—Gracias.

—Por lo menos un poco de arroz con leche.

—No tengo hambre.

—Para no hacerme un desprecio.

Acepté. Comía lentamente aquel dulce, cuando María se acercó:

—Nunca había comido eso, ¿no?

—En mi tierra hay mucho, señorita.

Me miró asombrada:

—¡Ah!, es de Sergipe, ¿no es cierto? Allá hacen mucho arroz con leche. Yo estuve en Aracaju. Bailamos mucho... ¿Usted sabe leer?

—Sí.

—¿Y escribir?

—También.

—Qué raro... En general, ustedes son unos ignorantes.

—Estamos olvidados del mundo.

—No le pedí su opinión. Venga a buscar la ropa sucia.

Entré, los pantalones de lanilla azul sucios de barro, la camisa de algodón fuera del cinturón, el facón golpeándome en las piernas. María dictaba:

—Seis calzoncillos; doce pañuelos; cuatro pijamas...

Examinó mi letra. Después miró mis cabellos rubios, se sonrió sarcásticamente de mi indumentaria. Yo no estaba confuso. Sentía odio.

—Vaya a llevarle esto a la señora Margarita. Dígale que es para el sábado.

—Sí, señorita.

—¡Ah! A la tardecita prepáreme un burro bueno para dar un paseo.

Salí con el atado. Cuando pasé por el campo que fuera de João Evangelista, me bromearon:

—¡Eh, mucamita!, ¿va a lavar la ropa al río?

Les hice un gesto obsceno sonriendo y allá me fui con mi odio inútil por la hija del patrón.

—¿Están preparados los burros?

—Como la señorita lo pidió.

—¿Y el suyo?

—¿Yo también voy?

—¿Quería que fuese sola? Haga el favor de lavarse la cara...

—Póngale los arreos viejos de Algemiرو —me decía el coronel— y no me pise al burro.

Salimos en silencio por el camino. Un sol mortecino de invierno iluminaba los campos.

—Es bonito...

Ante mi silencio, ella preguntó:

—¿No cree que es bonito?

—Es triste. Los que viven aquí sufren.

—¿Piensa darme lecciones sobre la vida de ustedes?

—No. La señorita es la patrona, tiene la obligación de saber.

—La vida de ustedes no me interesa. Nunca tuve vocación de monja...

—Y ninguno de nosotros de esclavo.

—Tengo ganas de hacerlo volver mañana al trabajo en el campo. Lo prefiero a Honorio, que mira con su cara de asesino pero no habla. Lo elegí a usted porque me dio pena. Usted es blanco y joven.

—Gracias.

—¿Por qué nos odian tanto? ¿Nosotros somos culpables de que ustedes no sean ricos?

—Nosotros no queremos ser ricos.

—¿Y entonces qué quieren?

—Vaya a saber... Paramos. Ella se sentó bajo una jaqueira. Até los burros y esperé. Abrió un libro que había traído.

—Usted sabe leer, ¿no?

—Sí.

—Lea en voz alta.

Me dio el libro, una novela de amor, abierto en la descripción de una fiesta. Comencé a leer maquinalmente. Copas de champaña, vasos de vino, bailes, foxtrots y valeses, paradojas y delicadezas. Cuando di vuelta la página, ensucí la otra con mis dedos. —Ensucí el libro, señorita.

—Entonces la descripción de esta fiesta le hizo mal, ¿eh? Le dieron ganas de tomar champaña...

—A mí no me gusta tomar. Tomo cachaca porque aquí es necesario.

—Usted es un mal educado.

—Soy un trabajador, no tengo educación. Agarró el libro y se puso a leer. Yo recogía nomeolvides.

Ella sonrió:

—No es tan mal educado.

—Son flores para Magnolia, la novia de Colodino.

—¡Ah!

Y volvió a leer las escenas de amor de duques y condesas europeas. Me quedé mirando el horizonte de lejos, contento de verme libre de la hija del patrón al día siguiente. Cuando volvimos, alguien gritó desde el campo:

—¿Está haciendo de ama sin leche, sergipano?

María se enojó. No podía permitir bromas de los trabajadores, esos animales estúpidos.

—Dígame quién fue, así papá lo despide.

La miré con tal mirada que la asusté por un instante. En seguida reaccionó:

—No los traiciona, ¿eh? Todos ustedes no valen lo que comen.

No me mandó volver al campo como había prometido. Pero al otro día me trató ásperamente, orgullosamente, digna hija de Mané Frajelo.

—Haga esto. Haga aquello.

Sus cabellos rubios y su piel blanca sobresalían con el pijama rosa.

La cocinera me avisó:

—Es gente bruta. La madre todavía más. El hijo entonces...

El hijo llegaría la semana siguiente. Andaba por Bahía, en la Facultad.

—¿Entonces, usted ahora está de ama sin leche de la coronelita?

—Mala suerte...

—Lo humilla siempre, ¿no?

—Pero yo le contesto, Colodino.

Honorio aconsejaba:

—Es mejor quedarse callado. El trabajo está difícil. Si ella lo despide...

—¿Qué me importa?

Colodino agarraba la guitarra y se iba a la casa de Magnolia. João Grilo cantaba en la noche oscura, llena de misterios. Mis sueños empezaron a turbarse. Soñaba con cacao y después ya no era cacao, eran los cabellos rubios de María.

La poetisa

En la intimidad del fogón la cocinera me contó que María escribía versos. Y me mostró un diario de Ilhéus, que en dos columnas de la primera página publicaba un retrato de la poetisa, acompañado de elogios:

"...la elegantísima y bella María Teles, hija del progresista y generoso coronel Manuel Misael de Sousa Teles, es una de las más radiantes esperanzas de las letras nacionales. Talento de primera, inteligencia tocada, por un soplo divino, escribe versos admirables con sus manos aristocráticas de artista, como los que aquí transcribimos. Se trata de un inspiradísimo soneto dedicado a sus compañeras de promoción. El *Jornal de Ilhéus* se honra sobremanera con la colaboración de la joven y bella poetisa nacional."

Seguía el soneto:

AL RECORDADO CUARTO AÑO

*¡Me despido de ti, recordado cuarto año!
Donde pasé días tan llenos de luz,
rogando por vuestros integrantes,
¡a los pies del bueno y tierno Jesús!*

*¡Adiós! ¡Oh! curso tan celebre
y por otras lenguas tan tan nombrado.
Adiós, queridas colegas,
¡adiós, cuarto año tan festejado!*

*¡Adiós, gentiles amigas en Jesús,
mi corazón por vosotras está vibrando,
como un horizonte lleno de luz!*

*¡Adiós, una vez más adiós!
¡Jamás de vosotras me olvidaré y por vosotras,
todos los días una plegaria a la Virgen Pía rezaré!*

Yo nunca entendí de poesía, pero ese soneto me pareció detestable. No pensó lo mismo un literato de Pirangi, que le mandó a María la siguiente carta (ella la dejó caer de un libro y yo la leí a la noche):

"Pirangi, Ilhéus (Bahía), 28 de noviembre de 193... Apreciadísima cofrade. Saludos cordiales.

Estando en su faz organizativa el *Anuario Literario-Comercial* de Pirangi para 193..., del cual soy director, me tomé la libertad de solicitar la valiosa colaboración de Vuestra Excelencia, en la convicción de que me enviará con la precisa urgencia, uno de los primorosos productos de su envidiable talento.

El *Anuario Literario-comercial* deberá salir a la luz pública en enero próximo, conteniendo abundante parte literaria, humorística y científica y extensos servicios de informaciones relativos a Pirangi, con un índice de todos los comerciantes, industriales y productores rurales del distrito, biografías de brasileños ilustres, fotografías de notables y personalidades políticas residentes en Ilhéus y también de los mejores edificios de la localidad y de importantes propiedades agrícolas.

En suma: será una obra de real valor hecha a semejanza de los mejores anuarios existentes en el país. Por lo tanto, su colaboración, en su significativo valor, es un servicio prestado a las letras nacionales y, al mismo tiempo, uno de los mayores favores en pro del

progreso, del buen nombre y de las posibilidades asombrosas de esta tierra, parte humildísima pero fecunda, de nuestro idolatrado Brasil.

Ofreciéndole la insignificancia de sus limitados servicios.

De Vuestra Excelencia cofrade y admirador."

Al día siguiente le entregué la carta a María.

—La señorita dejó caer esto ayer.

—¿Y me lo entrega hoy?

—Me lo olvidé en el bolsillo. Tomó el papel y lo leyó. Dijo:

—Es un pedido de colaboración para un anuario de aquí. Ando con ganas de hacer una descripción de la plantación... —Buena idea.

—... de las fiestas, de la belleza de los campos, de la buena vida de ustedes...

—¿Buena?

—¿Qué, es mala?

—Es pésima.

—Tienen casa, comida, ropa y ahorros.

—Pocas veces.

—¿Les parece poco esto?

—¿Le bastaría a usted?

—Es audaz usted. ¿Con qué derecho me interroga?

—La señorita va a escribir sobre nuestra vida y yo no quiero que la señorita sea deshonesto.

—Conserve su lugar...

—Si yo publicase en ese anuario también escribiría sobre nuestra vida.

—¿Usted? ¿Así?

Se rió mucho, pero de pronto se quedó en silencio y me miró largamente:

—Usted no se parece a ellos. ¿Cómo vino a parar aquí?

—Todos nosotros somos iguales. Somos todos explotados...

—No sea tonto —se enojó—, ustedes nos odian sin distinguir entre los buenos y los malos.

Le conté mi historia que escuchó en silencio. Terminé:

—Como ve, señorita, soy igual a todos ellos. Nosotros somos una raza aparte. Yo provengo de buenas familias. Pero ahora, soy completamente de ellos y estoy contento con serlo.

—¿Contento de pasarlo mal?

—Ser rico no vale la pena. Y quién sabe si un día esto no cambia...

—¿Usted es socialista?

—No conozco esa palabra.

De verdad, no la conocía. María no me la explicó. Quizá tampoco ella conocía realmente su significado.

—¿Usted no quiere enriquecerse como Algemiro?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no sé explotar trabajadores.

Por las tardes íbamos a Pirangi. Los muchachos miraban a María con ojos llenos de deseo. Hermosa y heredera de una gran fortuna. Tipo de princesa encantada para aquellos empleaditos de comercio. Idealizaban:

—Si se enamorase de mí.

—Yo viviría panza arriba.

María pasaba, orgullosa como una diosa, sin verlos. Por la mitad del camino un ciego de cabellos blancos pedía limosna, María le arrojó un níquel. Un día le recordé:

—Trabajó con el coronel. Se quedó ciego.

—No me interesa. Cállese.

—Tal vez, si supiese que la limosna era de la señorita, no la hubiese aceptado...

María reía.

—Usted es del tipo de los idealistas románticos.

—Yo no entiendo de palabras bonitas...

Cuando Colodino volvía de la casa de Magnolia, la conversación se animaba. João Grilo detenía sus antiguas historias, el viejo Valentín interrumpía sus recuerdos de la guerra de Canudos, en la que, chico todavía, había participado del lado de Antonio Conselheiro. Honorio hacía alguna gracia y nos poníamos a conversar con el carpintero. A pesar de sus veintisiete años, Colodino, que sabía leer y escribir, tocaba la guitarra y hablaba bien, nos parecía un maestro. En realidad tenía intuición para muchas cosas. Decía que apenas se casase se iba para Río de Janeiro. No creía ni en Dios ni en supersticiones. Incapaz de hacer tonterías, reservaba para sus compañeros sentimientos de hermano. Nosotros sentíamos que nos amaba. Yo pensaba en muchas cosas igual que Colodino. Algunos, como Honorio, no lo entendían bien. Era poco lo que Colodino sabía y tenía dificultad en explicar sus ideas. Yo lo ayudaba a veces y él asentía:

—Sí, eso, eso quiero decir... Nada de ser patrón como Algemiro...

Sabíamos poco, pero adivinábamos algo. La miseria enseña. Aquella noche, Colodino me preguntó:

—¿Cómo va con la hija de Mané Frajelo?

—Ella anda medio metida conmigo. Le he dado cada respuesta...

—No se va a enamorar...

—¿Yo?

João Grilo bromeó:

—O ella de usted

—Ella no dormiría aquí... —señalé las duras tablas del catre.

—Usted podría dormir en la cama de ella...

—Yo no quiero ser patrón

Colodino me impulsaba:

—Voltéese a esa yegua.

Al otro día, María me mandó a buscar mandarinas. Y cuando volví ordenó que las llevase bajo la sombra de una jaqueira. Se encaminó para allá, con un libro debajo del brazo.

—Venga conmigo.

—Tengo que cortar leña.

—¿Y yo me quedo sola debajo de la jaqueira? ¿Y las cobras? Ya podrá cortar la leña más tarde. Tiene tiempo.

Cuando cerró el libro, me contó:

—Es una linda historia. Una condesa que va a su castillo en el campo y se enamora de un rústico. La familia se opone, pero igual se casan y el rústico va a ser conde. Y viven felices...

—Son cuentos.

—No. Es una novela —se río— de una escritora francesa. ¿Es linda, no?

—El rústico es un traidor.

—¿A quién traicionó?

Me embrolló con la pregunta. María sonreía victoriosa.

—Traicionó a los demás trabajadores.

—¿Cómo? ¿Mejorando su vida?

Me quedé callado.

—¿Y usted no se casaría con una condesa?

—Empiece porque la condesa no se enamoraría de mí...

—Se esta escapando de mí pregunta, ¿Si ella lo quisiera y usted a ella?

—Si ella me quisiera podría convertirse en mujer de un trabajador.

Esta vez se embarulló ella. Pero unos minutos después me dijo:

—¿Se iba a acostumar ella con esa vida?

—¿Se acostumaría él a una vida de lujos?

—Bueno, sí...

—Puede ser... Pero sería un traidor.

María me respondió:

—Sí. Pero esas historias suceden a veces en la vida real.

Le conté esa charla a Colodino. Me dijo:

—Es como todas las muchachas de los colegios de monjas. Se impresionan con las novelas. Cualquier día de estos le propone casamiento.

—¿Usted está loco, Colodino?...

María me leyó el artículo para el anuario. Describía, muy mal, dicho sea de paso, la plantación, las fiestas y la vida de los trabajadores. Terminaba más o menos así:

"...y son felices en su trabajo honesto. Se divierten, tocan la guitarra, aman, estiman a los patrones, que son sus padres y maestros. Adoran a los patrones, que en pago los tratan bien, como padres a, sus hijos. Quizá por eso no valen nada las ideas exóticas de los adoctrinadores, que aparecen en las plantaciones..."

Me avisó:

—El último párrafo está dedicado a usted.

Abrí la boca con un asombro enorme.

Acarajé

También nosotros resolvimos festejar San Juan. El baile sería en casa de doña Julia. Ofreceríamos cachaca, botellas y más botellas, cortaríamos el maizal que Magnolia había plantado en el fondo de la casa. Sí, una fiesta. Con *canjica*, *pamonha*, *munguzá*, *acaca*, *acarajé* de poroto blanco, maíz cocido y cachaca. Haríamos una fogata, una fogata grande, mayor que la de la casa del coronel.

También allá había un trabajo enorme. Montones de espigas de maíz, rubias como los cabellos de María, se levantaban en la cocina. Yo había cortado leña para la hoguera y doña Arlinda se había sacado los anillos para ayudar a la cocinera a hacer la canjica.

Las ollas enormes y las enormes cucharas de palo. Las panojas de maíz cortadas para arrollar las pamonhas. Cuando tenía un momento de descanso corría hasta la casa de doña Julia. El trabajo era mucho menor, pues menor era el montículo de maíz. Una vieja palangana llena de agujeros taponados con género reemplazaba a las ollas y Magnolia revolvía todo eso con una cuchara de palo con el mango roto.

Honorio y João Grilo, encerrados en la casa, preparaban alguna cosa misteriosa para nuestros ojos indiscretos.

El hijo del coronel había llegado de la capital trayendo a dos amigos. El día de llegada uno de ellos dio la idea de hacer globos, docenas de globos como se acostumbra en Bahía. Pero el coronel protestó, recordando que los globos encendidos podían caer sobre los árboles de cacao e incendiarlos. Y juegos con el cacao, no se permitían...

La cocina parecía el infierno. Del fuego salía un calor intenso. Las negras manos de la cocinera se pusieron amarillas a causa del maíz.

Doña Arlinda me gritó:

—Ralle ese coco, sergipano.

Yo cortaba los cocos, echaba el agua en un vaso para que Osorio la tomara.

Después los rallaba y con ellos también los dedos no acostumbrados a ese trabajo.

—María, trae el azúcar.

Cuando entró yo me apretaba un dedo que sangraba.

—Se está haciendo el cocinero, ¿eh?

Doña Arlinda reparó en el dedo lastimado.

—No vaya a echar sangre en la leche de coco, asqueroso.

Algemiro sangraba a un chanco junto a los recipientes y João Vermelho agarraba gallinas en el patio —¡ti! ¡ti! ¡ti!— y juntaba maíz.

Doña Arlinda ordenaba:

—Aquella perdiz y el capón amarillo. La polla rabona también...

Observaban la palangana con agua quieta para distinguir la fisonomía del futuro novio. Observaban atentamente el agua.

—Qué muchacho tan lindo, por San Juan. Hasta parece un estudiante de la ciudad.

—¡Chist! El mío es un viejo sin pelo. No lo quiero...

Novios... Pocas tenían novios. Amantes sí, cuántos... Sabían de esas cosas. Pero observaban el agua quieta fijamente, con un último resto de ilusión.

En la casa grande también observaban en la olla con agua. Y qué olla bonita, de una loza de nombre complicado, decorada. Uno de los muchachos que había venido con Osorio escribía versos que publicaba en los diarios de Bahía. Galanteó a María que acababa de observar el agua:

—¿Han visto mi fea cara sus lindos ojos?

María me señaló a mí, que esperaba en la galería la orden de que me podía retirar:

—Vi la cara del sergipano...

Las carcajadas me dolieron como chicotazos. Podría decir que salí con el corazón contrito. Sin embargo, mentiría si dijera eso. Salí odiando a todo y a todos. Y en la oscuridad, camino de la casa de doña Julia, arranqué un coco de cacao y lo aplasté con una piedra.

Nuestra fogata, un palmo más alta que la del coronel, lanzaba llamaradas altísimas hacia el cielo lleno de estrellas. Cañas y batatas asándose. Honorio bailando la macumba mientras masticaba maíz cocido. En bloque, el personal de la plantación y también de los campos vecinos. Bailaban al son de las armónicas viejos vales y viejos sambas. Se bailaba en la tierra apisonada. Las botellas de cachaca iban vaciándose.

—¡Viva San Juan!

—¿Me da un acarajé?

—¿Con poca o mucha pimienta?

—Una cuchara sopera —se la engullía de una vez.

—¿Está rico?

—Sí... Ahora un poco de cachaca...

—¿Bailamos, doña?

—Estoy cansada, discúlpeme.

—Discúlpeme, excelentísima. Si hubiera sabido que estaba cansada no la molestaba —se disculpaba João Grilo.

Discutían sobre la cachaca:

—Aquel vino de la casa del viejo Antero, aquel vino era machazo...

—Sí... aquello era cachaca... cualquier cachaca que se tome es de la casa del señor.

—Lo que es yo no tomo cachaca de él y soy hombre como cualquiera.

—Déjese de valentonadas que yo no soy un cagón.

—¿Pero qué es eso, eh? ¿Ya están peleando? ¿Ni siquiera respetan mi casa? —interviene doña Julia.

Con un trago más de cachaca ya estaban de acuerdo.

—Buen trago.

Se abrazan. Esperan que pase un par de mujeres.

—¿Las seguimos?

—Vamos...

Desde el fondo de la sala, la armónica se abría y se cerraba echando sonidos. El olor a sudor llenaba el lugar. Los hombres sudaban. Las mujeres sudaban.

—Qué aroma...

—¿Anda usando brillantina, Nilo?

—Ese es olor de sobaco de mujer joven... que todavía no conoce varón. Algunas mujeres salían por la puerta de la quinta.

—¿Adonde va usted, doña Rita?

—A orinar, que ya estoy que no me aguanto.

—Ande con cuidado que hay animal mirando.

—Verá cosa bonita, le garanto.

João Grilo, vestido de casimir, daba vueltas por la sala. Honorio lo saludó:

—Usted anda vestido como empleado de comercio.

—Gracias, Honorio.

—Negro mío, ¿me da un vaso de agua?

—Un vaso de agua para doña Fulo...

—Gracias.
—¿Quiere bailar este samba?
—Soy pata dura...
—Yo también...
—Entonces vamos bien.
—No me pellizque, don Honorio.
—Discúlpeme, fue sin querer.
La imagen de San Juan entre dos velas presidía la sala.

Bailoteaba la hoguera. Bailoteé con Magnolia, bailoteamos casi todos y empezamos a tratarnos de compadre y de comadre. Doña Isabel también bailoteó a pesar de su enorme barriga.

—¿Para cuándo espera?
—Para el mes que viene, hijita.
—Que Nuestra Señora del Buen Parto la acompañe.
—Amén. Pero ya estoy acostumbrada. Con este son once...
—Alcánceme una papa asada, compadre...
—Me quemé un dedo.
—Pobrecito...

Soplaba un viento fuerte. Comenzaron a asomarse oscuras nubes. Los árboles de cacao soltaban las hojas con un ruido seco.

—Antes de que empiece a llover, vamos a largar el globo —se acordó Honorio.

¡El globo! Era la sorpresa que habían preparado Honorio y João Grilo, un globo monstruo, con papel de todos los colores y una cola majestuosa. Aplaudimos. João Grilo subió por una escalera para sostener el globo, mientras nosotros, desde abajo, abanicábamos para llenarlo de aire.

Estábamos tan preocupados con la tarea que no vimos llegar a la familia del coronel. Osorio, los dos muchachos y María, acompañados por Algemiro y João Vermelho.

El poeta gritó:

—Un globo, muy bien. Va a llevar nuestros saludos a la madrina luna y a las hermanas estrellas. Todos nos dimos vuelta.

—Suéltlenlo. Suéltlenlo. No pierdan tiempo que va a llover.

Se olvidaron de decirnos que el coronel había prohibido los globos.

Hinchado de aire, el globo quería soltarse de nuestras manos. Observé que Colodino estaba muy serio. En un rincón, lejos del mundo, Magnolia prestaba oídos a los piropos de Osorio y le sonreía. Ningún músculo de la cara de Colodino se movía. Seguía sosteniendo el globo, silencioso. Alguien trajo un tizón. El poeta dijo:

—María debe encender la mecha.

María acercó el tizón a la mecha.

El globo se largó, hermoso, multicolor, y empezó a subir, volando hacia los campos de atrás del río.

Nos quedamos con los ojos fijos en el cielo. Al rato llegó el coronel corriendo:

—¿Quién soltó ese globo desgraciado? ¿No lo tengo prohibido? A ver si se incendian los campos.

Miserables...

Su voz arrastrada temblaba. Casi lloraba. Insultaba:

—Miserables...

Soltaba las palabrotas sin fijarse en la presencia de su hija.

El globo seguía subiendo sereno. De repente el viento lo empujó. Perdió el equilibrio y se dio vuelta. El fuego de la mecha se prendió al papel y el globo empezó a caer rápidamente. El coronel se mesaba los cabellos:

—Corran, corran, pestes. No dejen que queme los sembrados.

Todos corrimos. El fuego prendía las hojas secas. Amenazaba llegar a los sembrados. Le echamos latas de agua. Pero la lluvia que ya caía lo apagó del todo. Solamente un árbol de cacao quedó limpio de hojas y con los cocos calcinados.

El coronel rugía.

—Hijos de puta. Después preguntó: ¿Quién hizo ese globo?

Honorio se presentó:

—Fui yo.

—Debería despedirlo, canalla.

Pero Honorio sabía demasiadas cosas de la vida del coronel...

Marchamos para las casas debajo de una fuerte lluvia. En la oscuridad, Osorio trataba de tocar a Magnolia.

Derecho penal

Colodino no era ingenuo y se dio cuenta de que el hijo del patrón le arrastraba el ala a Magnolia. Y lo peor de todo es que Magnolia era complaciente, quizá sintiéndose honrada por aquella preferencia del futuro doctor.

Ese fin de año Osorio se graduaría en derecho y en la casa ya se hablaba de la fiesta. Delgadito, con anteojos de Carey y manos de mujer, usaba tanta brillantina en los pelos negros que cuando le daba el sol parecía un espejo. Decían que era uno de los mejores alumnos del curso, "orgullo de maestros y condiscípulos" como informaba el "Jornal de Ilhéus" el día de su llegada; había debutado en el tribunal cuando cursaba el tercer año, defendiendo a un ladrón que los jueces absolvieron en señal de respeto por la cultura de Osorio y por el dinero de Mané Frajejo. Iba a misa todos los domingos, en Pirangi, con una cinta azul en el cuello, símbolo de no sé qué Congregación y guardaba en su habitación una serie de libros inmorales con grabados. Siempre que aparecía por la plantación traía dos o más amigos, para "gozar mejor de la paz bucólica", según decía.

Los amigos comían como animales, bebían y armaban orgías en Pirangi, enamorando a las hijas de los comerciantes árabes y embromando a las infelices de la calle del Barro.

El paso de esas jóvenes esperanzas del derecho por las plantaciones, dejaba siempre un rastro de sangre de vírgenes desfloradas. De esa manera nunca faltaban mujeres en la calle del Barro. A veces alguno recibía un balazo. Pero eso era extraño. Los hijos de los coroneles son semidioses despóticos que gustan desflorar por juego, a las tontas rústicas de pies grandes y manos callosas. Presumidos, de hablar difícil como que sabían gramática, bestiales y mal educados, esos niños bien me causaban una rabia miedosa. Colodino los toleraba y no recuerdo que el carpintero hubiera respondido nunca a alguna pregunta de esos académicos.

Conversaban con nosotros desde lejos, con miedo a ensuciarse.

Y miraban enternecidos a los árboles de cacao que les proporcionaban la plata para sus diversiones en las pensiones alegres de Bahía...

Las lluvias de junio embarraban todo, poniendo las calles casi intransitables. Patinábamos en el barro, donde hasta los burros resbalaban, exigiendo una atención especial a Antonio Barriguinha.

Con las lluvias, las cobras se alborotaban buscando algún escondrijo. Nosotros, las casas inundadas y mucho trabajo, andábamos de mal humor y presentíamos una tragedia. Inútilmente el sol trataba de romper las nubes. Las guitarras estaban silenciosas y por precios exorbitantes comprábamos unas mantas miserables. Pero los árboles de cacao estaban hechos una maravilla, con los cocos de oro donde las gotas de lluvia corrían como piedras preciosas. Nosotros no veíamos la belleza del paisaje. Los pantalones se pegaban al cuerpo, mojados y duros de barro. Las mujeres, con el pelo suelto, tomaban cachaca para matar el frío.

—Dame un "mata bicho" para el resfrío...

El trabajo de las barcazas estaba parado y Colodino aserraba madera en el campo que el coronel le había comprado a doña Dominha, cerca de la casa de Magnolia. Ella le mandaba la comida y la bebida. Colodino andaba con cara de enojado, pero no preguntaba ni protestaba.

Una noche, Osorio pasó por la casa de doña Julia. Se bajó, muy delicado.

—Buenas noches.

Colodino dejó de tocar la guitarra.

—Doña Julia, yo quería saber una cosa. ¿Quién hizo aquella torta de maíz de la noche de San Juan?

—Magnolia...

—Porque me gustó mucho y allá en casa, la cocinera no la sabe hacer bien. Si fuera posible...

—Si usted trae el maíz, Magnolia se la hace, doctor Osorio.

—Es mucho trabajo...

—Se hará con gusto...

Colodino observaba en silencio. Rasgó la guitarra y su voz resonó:

Mujer traidora...

—Toca bien, Colodino.

Sin respuesta, Osorio se despidió:

—Bueno. Buenas noches. Mañana hago traer el maíz.

—Cómo no, coronelito... Dios lo acompañe.

Magnolia no levantaba los ojos del suelo. La vela que iluminaba la imagen de San Juan se apagó y encendieron un farol que volvía las sombras deformes y fantasmagóricas. Cuando Colodino llegaba a casa no hablaba. Se acostaba en seguida pero no dormía. Los sapos en el río, la lluvia en el techo y los ronquidos de Honorio.

Quedó bonita la torta, rubia por el horno. Doña Julia, que la probó, dijo que estaba exquisita. Magnolia se puso su mejor vestido y fue a llevarla. Yo guardaba cachos de banana en el armario cuando entró.

—Buen día, sergipano.

—Buen día, Magnolia.

—¿Está doña Arlinda?

—Sí.

Apareció María:

—¡Ah! ¿Es la torta de Osorio? Entre.

Magnolia entró. Osorio le dio las gracias.

—¿Cuánto le debo?

—No es nada, lo hice con gusto, señor Osorio —y Magnolia miraba el suelo mientras se retorció una punta del vestido.

—Así no puedo aceptar... Por lo menos le daré un obsequio...

Volvió a la pieza con un paquete.

—Para pagarle su trabajo...

Magnolia balbucía agradecimientos.

—¿Ya se va?

—Sí, tengo mucho que hacer en casa...

—Yo la voy a llevar.

Salieron los dos. Osorio contando historias. Magnolia se las festejaba. Se levantó la falda hasta la mitad de las piernas para saltar el charco frente al almacén, donde chapuceaban los cerdos. Osorio le dijo algún cosas que la hizo ruborizar y soltar de inmediato la falda. Magnolia ni se acordaba de la calle del Barro.

Hacía tres días que no paraba de llover. Trabajábamos debajo del aguacero. Las barcasas cerradas, el cacao secándose en las estufas. Magnolia se engripó y Osorio hizo traer remedios de Pirangi. La guitarra de Colodino permanecía callada y él seguía aserrando madera. Ese fin de mes hizo cuentas con João Vermelho y retiró su saldo.

—¿Se va a ir de la plantación?

—No. Tengo que pagar unas cuentas...

Magnolia se había curado y al otro día iba a volver al trabajo. Pero no volvió y Colodino tampoco.

El sábado, a las cuatro de la tarde, Colodino dejó el trabajo. Nilo, que lo ayudaba, le preguntó:

—¿Adonde va?

—Voy allí...

Nilo se sonrió. Colodino iba a ver a su novia, que debía estar sola en la casa, pues doña Julia trabajaba en la cosecha. Pero no estaba sola. Osorio le hacía compañía. Echados en la cama, no oyeron los pasos del carpintero. Nilo escuchó gritos. Corrió. Osorio tenía la cara cortada por un tajo enorme. Los anteojos rotos. Colodino lo golpeaba con el facón. Se ensangrentaba todo. Pero en el campo no se oía nada. Los gritos de Osorio no llegaban hasta ahí. Cuando se cansó, Colodino dejó de golpear. Nilo observaba.

—Es lo que te mereces, cabrón.

En un rincón, Magnolia en camisón, era María Magdalena deshecha en lágrimas. Colodino escupió:

—Putá.

Nilo salió con él.

—Escápese, Colodino. Escóndase en la casa del viejo Valentín.

La cara de Osorio quedó marcada para siempre. La calle del Barro se tragó a Magnolia y al cuadro de San Juan.

Conciencia de clase

Por primera vez, desde que vivía en la plantación fui a Pirangi montado, a buscar un médico para Osorio. En Pirangi contaban la historia de diversas maneras. Unos decían que habían asesinado al coronel, otros que Osorio había sido baleado. Cuando el médico se retiró, después de hacer las curaciones, caía la noche. Llamaron a Honorio.

En nuestra casa dominaba el silencio. Ni João Grilo contaba sus cuentos ni Honorio se reía. Las ropas de Colodino habían desaparecido como por encanto. Pregunté con los ojos y João Grilo me respondió murmurando:

—Está en la casa del viejo Valentín. A la noche salta el monte hacia Itabuna y entonces, ¿quién lo agarra?...

—Si lo agarran acá no quedan ni rastros suyos.

—Debe ser por eso que lo mandaron llamar a usted, Honorio.

—¿Me llamaron? —Honorio se rió—. Ya voy. Es mejor que yo haga el trabajo.

João Grilo y yo nos sonreíamos. Salí con Honorio. Lo conversado en la casa grande fue secreto. Pero cuando estuvimos de vuelta, Honorio nos dijo (su voz sonaba suave y extraña en la oscuridad. Me acordé de la voz de Roberto en mi noche hambrienta en Ilhéus):

—Me pagan quinientos mil reis para acabar con Colodino.

—¿Y?

—Acepté, claro que sí. Quinientos mil...

João Grilo se rió desde su cama. Honorio preguntó:

—¿Vamos?

—Vamos.

La noche era muy oscura y no llevábamos farol. Fuimos a tuntas por el monte. La casa del viejo Valentín se escondía detrás de los cultivos. Honorio golpeó. Valentín contestó:

—¿Quién es?

—Honorio.

Valentín abrió la puerta con el arma en la mano. Honorio se divirtió:

—¿Anda con el palo agujereado, viejo?

Entramos. Colodino apareció y nos estrechó las manos.

—¿Para dónde se va a ir? —le pregunté.

—Para Río.

—¿Río do Braco? —se espantó João Grilo.

—No. Río de Janeiro. Siempre fue mi sueño...

—¿Y cómo va a hacer?

—Me meto por el monte, salgo en Pirangi, le doy a las piernas hasta Ilhéus. Allí me escondo en la casa de Álvaro. Salgo el día que viene en barco.

—¿Y el pasaje?

—Álvaro se encarga de todo. Yo sólo salgo y me embarco...

—No vaya por Pirangi —intervino Honorio—, Algemiro lo anda buscando por el camino. Vaya por Itabuna.

—¿Nadie vigila el camino de Itabuna?

—Este servidor —Honorio se rió fuerte con sus dientes blancos y brillantes.

—¿Cuánto se pierde, Honorio?

—Quinientos... pero no importa.

Colodino nos abrazó y me prometió:

—De Río le escribo, sergipano.

—¿Tiene plata? —le preguntó João Grilo.

—Sí. Saqué mi saldo este fin de mes.

Honorio salió con el revólver para tender trampas. Colodino le dio un largo abrazo. Le avisó:

—Apenas salga, yo meto fuego... Pero ando con mala puntería... El coronel me va a echar pestes. Pero maldición de buitre viejo no alcanza al caballo joven...

Desapareció en la oscuridad de la noche. Al poco tiempo Colodino se despidió. El atado de ropa al hombro, el farol en la mano, el revólver en la cintura. Teníamos el corazón oprimido. Se iba el que sabía más, el que intuía. En los árboles las lechuzas. El extraño brillo del farol. El barro del camino. Lo acompañé un largo trecho.

Callados los dos. Por fin, Colodino habló:

—Sergipano, desde Río le voy a escribir. Me parece que allá hay contestación para nuestras preguntas.

—Escríbame, Colodino.

Sacó una cosa del bolsillo. Era un pañuelo bordado por Magnolia.

—Déselo...

—Pobre..

—Sólo lamento no haberlo matado. Pero ese tajo le va a quedar, ¿no?

—Sí, quedó marcado... Nos despedimos. Él siguió. En medio de la noche se oían los gritos de los animales. Los sapos croaban. A lo lejos se oyó un tiro. La luz encendida de la casa del coronel se apagó. Honorio regresó con la misma sonrisa.

—Están furiosos porque no lo quemé a Colodino con el balazo.

—¿Qué les dijo?

—Que me falló la puntería...

—Y dígame, ¿por qué no quiso matar a Colodino?

—Me gustaba Colodino... Pero no lo maté por que era como nosotros, un alquilado. Matar coroneles, me gusta, pero trabajadores no mato. No soy traidor.

Después de mucho tiempo descubrí que ese gesto de Honorio no se llamaba generosidad. Que tenía un nombre mucho más hermoso: conciencia de clase.

Pasquinada

Cuando fui a Pirangi, le conté la historia a Antonieta. Magnolia andaba por la calle del Barro muy querida debido a su flamante desfloramiento.

Doña Julia la había maldecido, rogando que le cayesen encima todas las plagas del mundo:

—¡Dios te castigue, perra! Peste, que el hambre y la guerra te acompañen en el camino, yegua. Te vas a echar ahora abajo de los machos. No podías esperar a tu novio, estabas muy apurada... La lepra te llene el cuerpo.

Y ni una palabra sobre Osorio que se restablecía en la plantación. Sólo Antonieta tuvo una frase única, un comentario, una definición, que es la mejor pasquinada que yo oí en mi vida:

—Ese Osorio... es como resto de enema que el culo arroja...

Correspondencia

La familia del coronel volvió para Ilhéus a principios de Julio. Osorio se había restablecido. Pero el tajo le seguía marcando todo un costado de la cara. Pasaron el Dos de Julio en Pirangi. Hubo una gran fiesta. María recitó a Castro Alves y el poeta amigo de Osorio pronunció un discurso sobre el analfabetismo.

Ese discurso me dio la idea de reunir algunas cartas de trabajadores y de prostitutas, para publicarlas un día. Después, ya en Río de Janeiro, releendo esas cartas, pensé escribir un libro. Y así nació *Cacao*. No es un libro exquisito, de frases bien construidas y sin palabras repetidas. Es verdad que ahora, yo soy obrero tipógrafo, que leo mucho, y aprendí algunas cosas. Pero igualmente, mi vocabulario sigue siendo escaso y mis compañeros de trabajo todavía me llaman sergipano, aunque yo me llamo José Cordeiro.

Además, no tuve preocupaciones literarias al escribir estas páginas. Quise contar la vida de los trabajadores de las plantaciones de cacao. Quizá desvirtué la historia contando mi anécdota con la hija del patrón. Pero eso entró naturalmente en el libro aunque no fuera de intención. Tal vez, algún día vuelva a las plantaciones de cacao. Actualmente tengo algunas cosas para enseñar. Pero si yo no vuelvo, volverá Colodino. Ahora voy a transcribir algunas cartas.

Carta que me envió Antonieta:

"Mi siempre recordado José. Desde lejos lo beso, porque no vino ayer aquí, es que ya se está olvidando de mí, no me haga eso mi amor, le pido si es posible, que me mande 10.000 reis, porque estoy apretada y tengo que hacer un pago, no tengo otro amigo aquí, como tú sabes, soy novata en Pirangi, por eso espero que no lo tome a mal y que tampoco deje de hacerme un favor, de la siempre tuya

ANTONIETA"

Nota de Zefa a Honorio:

*"Honorio:
Ayer usted pasó por aquí. Yo chisté y usted me dio el traste.
Es así. Quien tiene flores da flores, quien no tiene, no da.
Le mando el retrato que me dio.
Déselo a otra. Siempre tuya*

ZEFA"

Carta de Elpidio de Oliveira (trabajador) a María Cañota (prostituta).

*"María Canota:
Estimo que esta la encuentre con perfeita Salé itodo lodemás. quedé mui contento ensaber el día 14 de diciembre que agarraste otro amante por ese motivo le mando mis felicitaciones estimo que seafelis yo quedo siempre a sus ordenes este que la estimo que Dios estea y la compañe si me quiere escribir mi direción es Plantación Fraternidad.*

ELPIDIO DE OLIVEIRA"

Carta de Algemiro al coronel (dictada por Algemiro y escrita por mí).

*"Coronel Manuel:
Salud con los suyos, en la Gracia de Dios.
Hoy mandé el carnero y el chanco. El guía fue con Agnelo. El sinvergüenza de Colodino parece que se escapó nomos. Los campos están pidiendo poda. Bajó un carro de cacao.
Sin más, tengo que decirle que mi hermano José le disparó un tiro a una mujer dama y después se tiró a él mismo.
Servidor, agradecido, atento, siempre a sus órdenes.*

ALGEMIRO"

Carta que me envió Colodino:

*"Río, 12 de septiembre de 193...
Sergipano:
Estoy en Río, ya encontré trabajo, ¿Cómo están los compañeros de allí? ¿El coronel se quedó muy enojado porque Honorio no me mató?
Véngase para acá, sergipano. Aquí se aprende mucho. Tienen contestación para lo que preguntábamos allá. Yo no sé explicarlo bien. ¿Oyó hablar de la lucha de clases? Bueno, hay lucha de clases. Las clases son los coroneles y los trabajadores. Si viene va a aprender mucho. Y un día uno puede volver y enseñar a los otros. Abraza a los conocidos.*

COLODINO"

Nota (o poema) de Celina a João Grilo:

"Mi amorato usted me gusta mucho queridito, usted me gusta mucho yo teamo asta el fondo del corazón usted es mui lindo. Mi amor me gustan mucho tus besos.

CELINA CORDEIRO,
día 20"

Para qué alfabetizar a esas criaturas si el doctor Luiz Seabra, abogado, escribía cartas como ésta:

"Pirangi, 5 de diciembre de 193...

Recordado y muy querido amigo Sebastián:

Es con el alma regocijada en júbilo y el corazón transportado de placer que tomo esta pluma sagrada, con el fin de darle noticias mías y ansioso de recibirlas de mi inolvidable amigo de infancia.

Cada palabra y cada frase formada en este momento está teñida por una evocación dolorida, recordando nuestros verdes años de la niñez, cuando juntos pasábamos nuestras vidas en juegos pueriles. Y ésta todavía no estaba agitada por el torbellino de la lucha, ni tampoco asediada por los reveses y sinsabores del destino. Jamás va a desvanecerse en mi alma la nostalgia y el recuerdo de quien muchas veces me sirvió de aliento, de consuelo y también de ejemplo.

Hoy que las distancias nos separan, los espíritus siempre están unidos, porque no me puedo olvidar de ti y estoy seguro de que tú tampoco de mí.

Y así, a pesar de las vicisitudes y disgustos, hemos de marchar paso a paso en la lucha para la conquista de nuestro ideal.

En cuanto a tu ideal está casi conquistado, pues dentro de pocos días te unirás con los lazos del Hymeneo con la elegida de tu corazón, lo que según me decías era la mayor aspiración de tu vida..."

Yo tengo una pena muy grande por haber perdido el resto de esta carta.

Huelga

Tengo que volver atrás para decirles que cuando la familia del coronel se marchó a Ilhéus, yo y María éramos buenos amigos. Este libro no tiene continuidad. Y es porque no tiene trama y esas evocaciones sobre la vida en los campos las voy escribiendo a medida que me vienen a la memoria. Antes de empezar *Cacao* leí algunas novelas y me doy cuenta de que ésta no se les parece. Así es. Sólo quise contar la vida en el campo. A veces tuve ganas de hacer un panfleto o un poema. A lo mejor ni siquiera salió una novela.

Como iba diciendo, María dejó de humillarme y se puso a hablarme con una retórica espantosa. Muchas de las cosas no las entendí. Quería hacerme un buen católico poniéndome como señuelo el cargo de capataz. Yo sólo veía sus ojos y sus cabellos rubios.

Finalmente se fueron. Desde el vagón María agitó el pañuelo para mí. Esa noche reflexioné en el asunto y me encontré idiota y cretino. Sentía que María me gustaba y todas las cosas indicaban que tampoco ella era indiferente. Pero no podía ser... Yo era un trabajador, un simple alquilado, con tres mil reis por día, unos pantalones sucios, uñas rotas y manos callosas. Es verdad que Antonieta estaba engolosinada conmigo. Pero Antonieta era una prostituta de ínfima categoría. María, no. María era la hija del patrón, del hombre más rico del sur de la provincia, del rey del cacao, y a lo menos que podía aspirar era a un diputado, con automóviles, con mansiones, Río de Janeiro y viajes a los cabarets de Europa. Y lo peor es que yo hasta tenía cierta esperanza de que ella aceptase ser la mujer de un trabajador. Porque yo me acordaba de Colodino y no quería volverme rico. Era ella la que tenía que convertirse en mujer de un alquilado... Cuando pensé bien en todo eso me reí tanto que João Grilo se asombró:

—¿Se enloqueció, sergipano?

Y yo me reía y me reía. Juro que no tenía ganas de llorar.

Nilo se había ido de la plantación y trabajaba para el coronel Domingos Reis, en una propiedad distante. Unos cearenses hambrientos se alquilaron con Mané Frajelo y uno de ellos vivía con nosotros. Contaba cuadros dramáticos de la sequía. La tragedia del nordeste no me impresionaba más. Era la voz del cearense la que me impresionaba. Una voz calma, resignada, perezosa. En los momentos de descanso fabricaba redes que vendía a buen precio en Pirangi. Recién había llegado y sólo pensaba en el regreso:

—Apenas mejore la sequía...

Su guitarra reemplazó a la de Colodino. Y nosotros sentíamos nostalgia del compañero que se había ido y que prometió volver para enseñarnos lo que aprendiera. Nuestra esperanza aumentaba:

—Algún día...

El cacao comenzó a bajar. A medida que se desvalorizaba, el coronel andaba hecho una fiera. Despidió a muchos y los que quedamos trabajábamos como animales. Nos amenazaba con la disminución de los jornales. Los productos de la despensa habían subido de precio. Adiós saldos. Solamente Honorio conseguía sacarle algo de plata al coronel. Pero desde la fuga de Colodino, ya no contaba con los mismos favores. João Vermelho nos trataba con rigidez y Algemiro recorría los cultivos gritándonos para que trabajásemos más.

Por fin, un día rebajó los jornales a tres mil reis. Yo lideré la revuelta. No volveríamos al campo. Arreglamos todo una noche, en la casa del viejo Valentín, que estaba cada vez más viejo, con las arrugas que le marcaban bajorrelieves en el fondo negro del rostro. João Grilo fue el último en llegar. Venía de Pirangi y cuando conoció nuestro plan nos desanimó.

—Ni lo piensen... Llegaron más de trescientos hambrientos que trabajan por cualquier precio... y nos vamos a morir de hambre.

—Estamos vencidos antes de empezar a luchar.

—Nosotros ya nacemos vencidos... —sentenció Valentín.

Bajamos las cabezas. Y al otro día volvimos al trabajo con quinientos reis menos.

La crisis

Nos arrastramos de esa manera hasta que finalizó la zafra. La crisis del cacao no terminaba nunca. Cuando se vino la baja de los precios, otros contingentes de trabajadores fueron echados y sólo quedaron los absolutamente necesarios para la poda y la limpieza de los campos. Estábamos todavía más miserables, sucios y desharrapados, maldiciendo nuestra suerte.

Un día vino un individuo a pintar el frente de la casa grande. Entonces supimos que la familia del coronel volvía a la plantación para realizar las grandes fiestas de la graduación de Osorio y del noviazgo de María.

El noviazgo de María... Aquel poeta que había venido a la plantación para el día de San Juan, se había graduado con Osorio y había pedido la mano de María. Ella lo aceptó y por eso habría grandes festejos. Me reí de mí mismo.

Cuando llegaron yo estaba sentado frente al almacén. Los otros conversaban, mientras Antonio Barriguinha lidiaba con los burros y el equipaje.

—Burro de porquería... diablo.

El coronel dio las buenas tardes. Doña Arlinda ni miró. Y el saludo de María se dirigió únicamente a mí:

—¿Cómo le va, sergipano?

—Bien, doña María.

El novio y Osorio demorarían algunos días en llegar. Farreaban con la toga y la ropa doctoral por los prostíbulos elegantes de Bahía.

Aquel día el sol estaba tan lindo que daba envidia. Los campos hermosos con las vacas y las ovejas. El jardín de la casa grande se abrió entero con las flores más diversas, amarillas y coloradas, blancas y rosas.

Los árboles de cacao balanceaban las hojas, los troncos estaban despojados de frutos pero empezaban a cubrirse de flores. El cabello rubio de María recordaba el oro de los cocos maduros del cacao.

Me pusieron de nuevo a disposición de la familia. A la tarde María me dijo:

—Quiero hablar con usted.

—¿...?

—Aquí no. Vamos debajo de la jaqueira.

Y fuimos silenciosos. Yo amedrentado. María recogía nomeolvides por el camino. Se sentó:

—¿Sabe que estoy de novia?

—Felicitaciones.

—¿Sólo eso se le ocurre decir?

Ya era provocación. Entonces le dije todo. Maldije al cacao y a mí mismo. Ella apenas me preguntó:

—¿Y ahora?

Ante mi silencio, confesó en voz baja:

—A mí usted me gusta mucho. Es un hombre... Y mi novio es un marica...

No sé si fue sólo ilusión. Pero el gusto de los labios de María me recordaba el gusto prohibido de la miel de los carozos de cacao. Tampoco sé cuántos besos fueron...

—¿Y ahora? —preguntaba ella de nuevo.

—Yo soy un alquilado. Gano tres mil reis por día.

—Olvídense de eso.

Se mostró como una mujer fuerte.

—Haremos lo irreparable. Papá sufrirá hasta el cielo, pero no podrá hacer nada. Se conformará. Te dará un campo, serás patrón.

Doblé la cabeza mirando el suelo. Estrujaba hojas con los dedos. Lejos, por el camino, pasó Honorio con la hoz al hombro. Me decidí:

—No, María. Yo sigo trabajando. Si usted quiere ser la mujer de un alquilado...

Hizo un gesto de desdén y se levantó. Yo me quedé sentado.

Pura coincidencia, pero aquel día me llegó otra carta de Colodino. De nuevo hablaba de la lucha de clases y me llamaba. Arreglé mis cuentas con João Vermelho, retiré ciento ochenta mil reis como saldo de dos años y preparé mi atado de ropa.

Amor

Al otro día me despedí de los compañeros. El viento balanceaba los campos y por primera vez sentí la belleza del lugar.

Miré con nostalgia hacia la casa grande. El amor por mi ciase, por los campesinos y obreros, amor humano y grande, mataría el amor mezquino por la hija del patrón. Pensaba así y tenía razón.

En la curva del camino me di vuelta. Honorio me decía adiós con la enorme mano. En el patio de la casa grande el viento agitaba los cabellos rubios de María.

Partí para la lucha con el corazón limpio y feliz.

Pirangi, diciembre de 1932

Aracaju, febrero de 1933

Río de Janeiro, junio de 1933

